SS

SERVICIO SECRETO

VIC PETERSON

LA RONDA DE LOS CHACALES

VIC PETERSON

La ronda de los chacales

1.ª EDICIÓN
ENERO - 1956



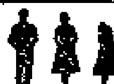
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BUENOS AIRES

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

168. — El caso de las mellizas. 170. — Una bala para cinco. 172. — Espectros en la bolera. 176. — Aprendices de detective. 178. — El caso del Landrú californiano. 184. — La muerte borra las huellas. 208. — El caso del verdugo chino. 210. — El heraldo de la muerte. 224. — El suicida asesinado. 229. — Planetas sangrientos. 233. — Profesión: fugitivo. 247. — El «Gang» de los luchadores. 251. — «Bar Aventura». 256. — Morir amablemente. 266. — Al norte de Haití.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN

Reservados los derechos para la presente edición

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 3 - Barcelona

LA RONDA de los CHACALES

POR VIC PETERSON



CAPÍTULO PRIMERO

La más grande y famosa playa de Nueva York se convierte en un hormiguero humano, mientras arde el día. Por la noche, Coney Island crepita con el estallido ruidoso de sus múltiples atracciones.

La brisa marina nocturna disipa entonces el dominante olor de los «hot-dogs», y los toboganes, montañas rusas, norias gigantes, «crazy-houses» son invadidos por la muchedumbre veraniega.

Hacia la medianoche, Coney Island empieza a trocar su concurrencia de empleados en vacaciones, por un público más escéptico, menos alegre, que procedente de Manhattan, acude a las atracciones de los clubs acuáticos, al tiro al pichón, a los Jardines Franceses...

Es la hora en que de cada veinte personas que transitan por Coney Island, una pertenece a la policía especial del «Trust de Atracciones», porque los rateros, chantajistas y descuideros de ambos sexos, aprecian también la brisa nocturna y las penumbras de jardines, parques y restoranes playeros.

Britt Milton iba a Coney Island a partir de la medianoche, porque era un tirador de primera, con certificado obtenido en Corea, y porque los gerentes del tiro al pichón, le habían cedido un alojamiento y derecho a cena «reveillon».

El alquiler y la cena la pagaba a tiros. Los palomos eran las víctimas y no extrañó que Britt Milton, al aceptar aquel trabajo que le ocupaba desde la medianoche a las dos de la madrugada, hubiera impuesto una sola condición: borrar del menú los pichones.

Su tarea era sencilla: deambular por las terrazas de tiro, después de haber cambiado su traje por un *smoking* playero, en la cabina donde dos horas después, volvería a desvestirse para acostarse.

Cenaba en cualquiera de las mesas cercanas a las pistas de tiro, cuando había poca rivalidad entre los distinguidos aficionados a demostrar su buen pulso.

Y acudía con psicológica certeza al lugar necesario. Los dólares que entregaba pertenecían a la caja del Tiro al Pichón.

Dejaba revolotear el palomo hasta el punto que los mejores tiradores consideraban «fallo y cero». Derribaba el volátil.

Los clubmen cuyos smokings, fracs o trajes obscuros no eran cedidos por la administración de Coney Island, sino pagados a altos precios a sastres famosos, experimentaban inmediatamente el ferviente deseo de emular o superar a aquel solitario tirador.

A veces, alguno insinuaba una apuesta, pero Britt Milton con sonrisa amistosa, afirmaba siempre lo mismo: era abstemio por no que a juegos y licores se refería.

A veces, la aventura se presentaba en forma de amorío pasajero, porque el *smoking* le sentaba bien a Britt Milton, aunque no tuviera aspecto de financiero próspero, sino de leopardo famélico, según le había definido una de sus femeninas admiradoras.

—No tienes nada de guapo —le había asegurado la que triunfaba en los escenarios de Broadway—. Tu rostro es anguloso y cualquier mujer solo al verte, adivina que no eres domesticable. Tus ojos escalofrían, porque tienen felina glacialidad.

—Es que tu coche está refrigerado —había replicado Milton.

Aquella respuesta estúpida no había aminorado el entusiasmo de la sensación de Broadway. Un entusiasmo que Britt Milton compartió.

Pero a la tercera noche de haber conocido a Melba Cortez, encontró sobre la mesita de noche de su cabina, una cartulina de hermoso color limón.

En ella, a máquina, el Departamento de Vigilancia de Coney Island, por conducto del inspector en jefe, que era un humorista, le participaba:

> «La Administración envía su enhorabuena a nuestro Búffalo Bill, rogándole que a la lectura del presente comunicado, cese de arrullarse con Melba Cortez. Comercialmente deploraríamos su cese por defunción, ya que Melba Cortez, fuera del escenario, es novia a la fuerza de Rolf Larson. Encienda, queme y pisotee las cenizas».

Britt Milton encendió la cartulina, removió las cenizas, y aquella misma noche a las dos en punto, se dirigió al umbrío aparcamiento de coches, donde resaltaba el guinda del «Buick», y el oro de la cabellera de Melba Cortez.

Ella abrió la portezuela, y Britt Milton volvió a cerrarla.

—Se acabó, Melba. Me gustas horrores, pero mi tutor rue ha prohibido que alterne con dinamita envuelta en piel de albaricoque.

Hubo desprecio en la burlona sonrisa de Melba Cortez.

—Me defraudas, Britt. No creí que pudiera asustarte un hombre al que no quiero.

—Pero él te quiere y no tengo vocación de palomo.

Temblaron levemente los labios femeninos, diciendo:

—Admites que eres un cobarde.

—O quizás que no te quiera lo suficiente para tirar al blanco contra los pistoleros de Rolf Larson. Adiós, nena.

Por unos instantes, pareció que ella iba a escupir. Por fin, dominándose dijo:

—Tal vez le pida a Rolf como regalo de boda, que te maten lentamente, Britt Milton.

El «Buick» partió en embalada de bólido.

Y Britt Milton se disponía a volver a su cabina, cuando un siseo reclamó su atención.

Un coche hasta entonces con sus luces apagadas, encendió la interior. Distaba cinco metros del lugar donde había aparcado el «Buick».

Britt Milton se aproximó a la abierta ventanilla con el convencimiento de que el traje obscuro del único ocupante, vestía a un miembro de la sociedad cuyo jefe era Rolf Larson.

Pero el traje sastre no lograba masculinizar a la mujer que dijo suavemente:

—He sido indiscreta sin proponérmelo, Milton.

Lo que parecía un fieltro de ala delantera baja, era un sombrero con velillo tupido. No permitía detallar los rasgos, pero sí dejaba entrever delicadas facciones. Mejillas sonrosadas, breve naricita respingona, boquita carnosa y pupilas verdes...

—Prefiero conservar mi incógnito, por motivos muy ajenos a femenina intención, Milton. ¿Le permite su inexistente tutor, sentarse junto al volante, y perder unos minutos escuchándome?

La que prefería conservar su incógnito, se sentaba en el asiento posterior de la limousine «Bentley».

Britt Milton subió, y al instalarse de perfil, cabalgando el sobaco derecho sobre el respaldo, contempló las piernas enfundadas en gasa

humo, y los zapatos breves, de negra dóngola.

Una mujer distinguida, envuelta en sutil aroma exquisito…

—Nada le sorprende, ¿verdad, Milton? Ni le ofende que una mujer le llame cobarde, porque le consta que no lo es.

—¿A quién?

—A Melba, a usted y a mí. No espiaba a Melba, pero anoche esperándole yo, le vi entrar en el «Buick». Esta noche, no me vio Melba, y si usted se hubiese ido con ella, le hubiera yo esperado cerca de su alojamiento. Porque usted es el hombre que yo necesito. Y casi será agradable que una mujer no le diga que posee usted un inmenso don de fascinación.

—Más que agradable, me resulta confortador que no me considere un imbécil engreído. Sepa que Melba y sus semejantes, se aburren de ser tan halagadas por la mayoría de los que pierden su tiempo y dinero por los garitos de Broadway. No es que las fascino. Es que soy distinto a los que suelen frecuentar.

—Rolf Larson es distinto también.

—Pero quiere imponerse por la fuerza… En fin, no supongo que me esperaba usted para conferenciar sobre la variedad de la fauna masculina y femenina. ¿Por qué afirma tan ingenuamente que yo soy el hombre que usted necesita?

Bajo las mallas del velo, los carnosos labios se fruncieron en mohín encantador.

Solo los labios. Un detalle que recordaría después Britt Milton.

—Le he visto disparar, anoche. Y de nuevo, hace poco. Mi chofer y secretario hizo indagaciones. Usted es un ex combatiente, que al regreso de Corea, parece tardar en readaptarse. Ha sido sucesivamente escolta de Banco, detective privado, y por fin, ante el exceso de competencia en esta profesión, y debido a no aceptar trabajos mezquinos, la abandonó. Cena, duerme y desayuna, gracias a su habilidad en el tiro al pichón. Las otras dos comidas y el dinero de bolsillo, lo obtiene de maneras diversas, principalmente apostando en las casetas de tiro de Long Beach y los Hamptons. Por las tardes.

Tomó aliento ella, y sus enguantadas manos abrieron el bolso que recogió del asiento. Mostró un abanico de billetes de cincuenta dólares.

—Exactamente veinte, sumando mil dólares. No están marcados ni son de serie correlativa. Un anticipo por un solo disparo, Britt Milton.

—Es mucho o es poco, muy señora mía.

—Mañana, o mejor dicho hoy mismo, entre siete y ocho de la mañana, encontraría usted otros mil dólares, junto a una escopeta de caza, provista de silenciador.

Britt Milton se pasó innecesariamente los flacos dedos por el rizoso

cabello negro, y sus grises ojos tuvieron dorados reflejos al comentar:

—Nada se pierde con oír dónde está la partida de caza, y cuál es la pieza. Le doy mi palabra de que nunca he pegado a una mujer, ni pienso hacerlo. Tengo tan solo curiosidad por saber qué demonios le hace pensar que por dos mil dorares me agarrare afanosamente a una escopeta de caza provista de «taparuido».

El delicado rostro tras el velo, permanecía inmutable, estático, como el de una muñeca de preciosa porcelana. Solo los labios se movían...

—Usted fracasó como detective porque es honrado, y no se aviene a mezquindades. Y estoy convencida que contestó groseramente a Melba Cortez por una íntima razón que ella no supo adivinar. No es usted hombre que acepte prolongar un flirteo con una mujer sobrada de dinero. Estas raras condiciones, y su calidad de tirador infalible, me han hecho elegirle como el hombre ideal para mi propósito. Cómo puede apreciar, tengo plena confianza en usted.

—Hablábamos de una partida de caza, entre siete y ocho de la mañana.

—Primero he de ponerle en antecedentes sobre la persona que usted llama pieza. Es un hombre que se dispone a embarcar hacia Europa. Y yo no puedo ir a Europa. Sé que si permanece aunque solo sea una semana más, obtendré lo que deseo. Conseguiré que se case conmigo.

Britt Milton rio desconcertado:

—Me ha pillado de sorpresa, hermana. O quizás esté yo nebuloso. Corríjame si he oído mal. Usted quiere evitar que un fulano tome el barco para Europa, porque anhela ser su esposa. Y me propone pegarle un tiro. ¿Qué clase de jeroglífico es este, señora mía?

Rieron los labios femeninos.

—Un palomo es una mancha diminuta revoloteando inquieta, y usted los tumba con un plomito en la cabeza. Un ex combatiente puede garantizarme qué herida puede inmovilizar a un hombre, sin peligro ninguno para su vida.

—El plomo ideal por el que suspirábamos muchos en Corea, era el que atraviesa el grueso del muslo, sin tocar hueso. ¡Mil excusas, señorita Zsa-Zsa! Perdón por ser tan cerrado de entendederas. Ya he asimilado la orden. Usted desea llevarle bombones, flores y mimos a su futuro marido, sin tener que perseguirle a bordo, ni ir a Europa.

—Exacto. ¿Por qué me llama Zsa-Zsa?

—Por la Gábor. Si usted no es ella, se le parece como una hermanita gemela. Acepto la ganga —y tendió Milton la diestra hacia los billetes que ella seguía mostrando entre sus enguantadas manos—. Siga dándome instrucciones.

—Puede que el hombre que llamaré Reginald, llegue a la terminal

de Carnasie, en el tren de las siete, o en el de las siete y media, porque el «Conte Rex», no zarpa hasta las ocho en punto, del mulle K, en Jamaica Bay. No puede usted cometer ninguna equivocación, porque Reginald es inconfundible. Tiene el lado izquierdo de la cara, granulado de gris y negro. Quemaduras. Además, a las siete menos cinco, por teléfono, usted me oirá en la cantina de Canarsie Terminal, la descripción del traje que vestirá Reginald. Un roadster «Auburn», estará aparcado ante la cantina de Carnasie Terminal, adonde ha de llegar usted exactamente a las siete menos diez. ¿Quiere poner en hora, con el mío, su reloj?

—A la orden, capitana —y Milton añadió, imitando el tono de los locutores del servicio horario:

—«Las dos... veintiséis minutos... ¡cuarenta segundos!».

Rodó ella la manecilla del relojito que llevaba colgando en dije de un brazalete cuyos eslabones de oro, tenían por engarce pequeñas esmeraldas.

—En el roadster que haré alquilar con nombre supuesto, encontrará usted bajo la alfombrilla delantera una «Remington», calibre menor, y veinte billetes de cincuenta. A las siete menos diez, entre en la cantina. A las siete menos cinco, cuando suene el teléfono público, acuda, diciendo que esperaba la llamada. Le describiré el traje que lleva Reginald. Es posible que tome un taxi, aunque es más seguro que no llevando equipaje, recorra a pie la distancia hasta el muelle K. ¿Conoce la Canarsie Avenue?

—Sí. Desciende rectamente desde la Terminal, hasta los muelles de pasajeros de Jamaica Bay. Suele haber tránsito...

—Puede permanecer en el roadster aparcando al principio de la avenida, lejos de las ventanas y visibilidad de la cantina. Tan pronto hiera a Reginald, abandone el roadster. Y naturalmente, no acuda a socorrer a Reginald. Ya habrá quien se ocupe de esto. Celebro haberle conocido, y tengo la completa certeza de que no volveremos a vernos, porque usted cumplirá, y no tratará de volverme a ver.

Tocándose el bolsillo en que guardaba los veinte billetes, sonrió Britt Milton:

—Tengo ya los fondos, para montar mi negocio a medias con un amigo. Y es secreto de Estado Mayor entre usted y yo, Zsa-Zsa. Buenas noches, y besó su mano.

Juntó ella las manos enguantadas, entrelazándolas.

—Más que nunca buen pulso y pupila, Milton.

—No puede fallarme un muslo de Reginald, ya que vio cómo aliñaba a los sesitos de pichón.

Abandonando el asiento, dejó Milton abierta la portezuela.

Y ondeando la diestra, dijo por despedida:

—Que sea feliz en su matrimonio.

—Sobre todo, no falle, porque si fuese grave la herida...

Cerró Milton el párpado izquierdo, adelantó el índice derecho, en alto el pulgar, y concretó:

—No hay venas en la cara externa del muslo a media altura. Solo venillas y carne. Adiós.

Britt Milton caminó en línea recta, haciendo ostensible su sincera decisión de no espiar, ni volver a ver más a la generosa donante.

Ni siquiera sabía la matrícula del «Bentley».

Poniendo el despertador en hora, silbó feliz. Tenía ya dos mil dólares para antes de las ocho del día.

Y podría con Kent Farrar, compañero de guerra en Corea, adquirir una de las lanchas con licencia para transporte de turistas en verano, y mercancías en invierno, entre los Rivers del Hudson.

Se durmió con beatífica sonrisa, evocando los cálculos de Kent Farrar: «Pillar dos mil quinientos, Britt. La licencia para la lancha, vale quinientos, y contar con un amigo en los muelles. Lo tengo. Con solo un invierno, ganaríamos para otra lancha. Seríamos nuestros únicos dueños, y no tendrías que matar pobres bichos que no te han hecho nada, ni yo soportar los encargos de Georgia, que me paga diez cada vez que cobra doscientos. Yo expongo el físico, y ella se queda fumando y comiendo bombones tras su despachito».

A las seis y cuarto el despertador campanilleó. A las siete menos diez en punto, Britt Milton saltaba del autobús ante la estación terminal del ferry que nacía en Jersey City.

En el aparcamiento ante la cantina de carretera, había dos camiones, una furgoneta, un turismo «Chevrolet» y un dos plazas «Auburn».

Britt Milton entró en la cantina, pidió café, y sentándose junto al teléfono miró su reloj. Faltando los cinco minutos para las siete, sonó el primer timbrazo.

—Espero llamada —dijo Milton al camarero.

El auricular le retransmitió la voz femenina, pausada, neta:

—Sombrero gris, traje cruzado tabaco, zapatos blancos de puntera negra, corbata a cuadros blancos y grises, camisa blanca. Y recuerde, la mancha del rostro, en mejilla y pómulos izquierdos. Llega en el tren de las siete Adiós.

Colgó Milton, y echando una moneda, abandonó la cantina. Al coger el volante del «Auburn», pensó que prefería no tener que esperar media hora más.

Puso el contacto, y condujo hacia la plazoleta en que se cruzaban la

transversal y la avenida descendente, aparcando a la sombra de los tilos que circundaban la estatua de uno de los presidentes de los Estados.

Alzó la alfombrilla, recogiendo el estuche. Montando cañón y culata, comprobó que la recámara estaba vacía. La única bala de calibre menor, estaba adherida a la cinta une ataba veinte billetes de cincuenta con una tirilla de esparadrapo.

Enroscar el apagallamas y silenciador, insertar la bala, y calcular la mejor trayectoria y la más estratégica retirada, le ocuparon los minutos que precedieron el primer toque de las siete.

Las dos escaleras comunicando estación y avenida, las tenía a la vista. Obreros portuarios, empleados y algún viajero con bagajes de mano empezaron a descender.

Al pisar la acera distaban treinta pasos de la plazoleta y del «Auburn».

Y Britt Milton, manteniendo entré las piernas la «Remington» de caza menor, vio a Reginald.

Un hombre que debía de poseer cualidades secretas, porque físicamente resultaba incomprensible que suscitara tanta pasión en una mujer bonita y refinada.

Aparte la mancha del rostro, Reginald era un hombrecillo maduro, de sienes cenizosas, mirada huidiza y pasitos cortos. El traje le venía algo estrecho, y daba la impresión de que la luz del día le proporcionaba un constante pestañeo lacrimoso.

Pensó Milton que había millonarios cuyos banqueros eran los únicos en saber que lo eran. Y apretó el gatillo.

Reginald saltó como una liebre asustada, llevándose las dos manos al muslo derecho.

Britt Milton desmontó las dos piezas, las colocó en el estuche, y dejándolo en la caja de herramientas, estiró la alfombrilla.

Al bajar del «Auburn», vio el grupo en torno al que yacía en el suelo.

Y aceleró el paso hacia Jamaica Bay, apenas oyó una sirena. Volviendo la cabeza, pensó que aquella ambulancia se merecía un premio por su oportunidad, porque el pobrecillo Reginald no era de carnes como para aguantar mucha pérdida de sangre.

Desanduvo lo caminado, no viendo ya el «Auburn» aparcado. El tráfico seguía su rutina, así como la de los transeúntes. En la cantina, marcaba el reloj las siete veinticinco cuando entró, pidiendo otro café.

El camarero parecía muy satisfecho de poder contar novedades a los dos taxistas qué acababan de entrar.

—Hubo teatro, a las siete y un minuto, muchachos. Un tipo al que le soltaron un balazo. No se sabe quién ni de dónde le dispararon, pero

llevaba un balazo en la pierna. Nada grave, dijo uno de los camilleros. Pero lo anestesió, mientras el otro, lo trasladaba a la camilla interior. Llegaron casi apenas caía el tipo.

Un taxista siguió masticando su emparedado, mientras el otro decía:

—Un tipo precavido tu herido. Se traía la ambulancia consigo.

—Los de la ambulancia venían de otro servicio, hombre. Estaban de paso como quien dice... ¿Café, señor?

No era el camarero del turno anterior, y Britt Milton, tomando su segundo café, le oyó decir:

—Jackie se iba a su casa, cuando pasó el teatro. Y llegó el primero junto al tipo, pero se esfumó, porque luego vienen con preguntas. Dice que el tipo se puso histérico, clamando que si le raptaban, que si era lo que se temía, y el enfermero, al taparle la boca con el algodón de éter, dijo que era el «shock» nervioso. Gracias, señor.

En la calle, esperando el autocar, Britt Milton empezó a pensar que tal vez Zsa-Zsa no era como decía Kent Farrar, «trigo limpio».

Pero había prometido guardar el secreto, y tenía a gala cumplir siempre lo que prometía.

Además, un hombre herido, dice tonterías. Lo sabía sobradamente por práctica visual, en la nevera que Corea había sido, antes de ser un infierno de confusionismo.

Una experiencia en la que solo había ganado el título de tirador excepcional, y un amigo como Kent Farrar, al que era difícil encontrar despierto antes del mediodía.

Britt Milton recorrió en lancha todos los Rivera del Hudson, haciendo tiempo para darle la gran alegría a Kent Farrar.

CAPÍTULO II

Kent Farrar refunfuñó, pero el teléfono era más terco. Alargó la mano, y bostezando colocó el auricular entre su oído y la almohada.

—... Vete despabilando la corta dosis de materia gris que te imaginas tener, muchacho. Son las diez y ocho minutos. Si a las once en punto no estás sentado y oyéndome, otro se llevará el gran premio.

Kent Farrar apretó la ebonita como si estrangulara un cuello femenino. Pero Georgia Baxter tenía una garganta rolliza e infatigable.

—... ¿Me oyes, Nappy?

Mugió Farrar, y al decrecer su imitación de un buey amansado, el auricular gangueó:

—... Así me gusta, cordero. Vuela a mi regazo.

Bajo la ducha, Kent Farrar frotaba vigorosamente su musculosa anatomía de pelirrojo combativo, que había probado suerte en el *ring*, en Corea y ante Georgia Baxter.

No era fea ni vieja, la maternal jefa de la agencia «Coronel Baxter», sita en la planta baja de la casa número 640, en Prospect Avenue. Una casa y una agencia heredadas del honradísimo coronel honorario.

Casi era excusable que teniendo que bregar con toda clase de clientes y detectives privados, Georgia Baxter adoptase tono y expresiones, también heredadas del nido coronel.

Físicamente, era alta, robusta, opulenta, y le daban mayor apariencia de Walkyria, las dos gruesas trenzas color miel que enrollaba en diadema. Vestía casi siempre trajes sastres de corte masculino.

A veces, Kent Farrar imaginaba a la propietaria de la agencia, con el cabello suelto y en vestido de noche. Sería una Mac West majestuosa.

Pero bastaba que entrase en el despacho, para que inmediatamente, la opulenta hija del coronel Baxter, le inspirase toda clase de pasiones menos la sensual.

Siempre la rutina. Él se sentaba, en silencio. Ella introducía un cigarrillo en la larga boquilla de ámbar. Fijaba sus bovinos ojos azules en Farrar, y fruncía los carnosos labios en mueca displicente.

—¿Estás en condiciones de oír sin contestar groseramente, Nappy?

Otra de sus bromas. El diminutivo de Napoleón, desde que un día fatal Kent Farrar citó la estrategia, la planificación y la iniciativa de la ciencia bélica aplicada a la investigación.

Después de la pregunta, Georgia Baxter señalaba con la boquilla un fichero rotativo sobre la mesa.

—Tengo un centenar de ex combatientes como tú, y si te elijo es porque en mi escuadrón de ciegos, el tuerto eres tú. Todos ellos, se creen detectives, y si no les llamase de vez en cuando, llevada de mi alma filantrópica, se tendrían que comer los muebles, suponiendo que...

—Cambia el disco, Porcia. No me mires así. Porcia era la matrona...

Georgia Baxter sacudió la ceniza, que era su equivalencia a atajar.

—Veinte por día y un extra. Porque necesito un chacal bien parecido, que sepa vestir bien, y que sepa devolver los golpes. Además que tenga labia con las mujeres, y si se tercia, sepa ponerse sentimental y patético.

—Sí, vamos... un Rocky Marciano, con gotas de Marlon Brando, ropa de Tony Eden, y palique de Cicerón. Todo por veinte tristes dólares.

—Y un extra, hijito. Aunque lo saque de mis ahorros, pero por el honor del nombre... quiero quedar bien con mi cliente.

—Cuéntame el arranque.

Cerró ella los párpados, y Kent Farrar fingió morder el aire. Ya estaba aquella avara lustrosa, tratando de exponer las cosas como si fueran sencillas.

—Es sencillísimo. Tienes que apartar a una buscadora de oro. Por cierto, una pelirroja como tú. Está solicitada por un tahúr, pero ella ha hincado la zarpa de sus languideces en el bebé de un millonario.

—Bien, ¿y qué tengo que hacer con la sirena?

Suspiró ella:

—Comprendo que el trabajo es un poco mezquino. Si la sirena tiene antecedentes feos, trata de exhibírselos. Si no los tiene, cosa probable porque procede de buena familia, arréglatelas. Tienes algo bajo la cabellera, ¿no? Te pago veinte dólares para que pienses. Y a veces tienes alguna idea potable.

—Y a veces tengo que recordar que es usted una señora. Me tiene frito su estilo, maldita sea mi estampa y la suya de usted.

—«Sh, sh, sh» —sopló Georgia Baxter, risueña—. Me veo obligada a ser enérgica, ¿no? Son varios los de tu condición, que pretendieron sentirse galantes. Prefiero cortar por lo sano.

—Cortemos. ¿Quién es el fullero que solicita el amor de la pelirroja?

—Rolf Larson.

Kent Farrar se levantó de la silla, y al llegar cerca de la puerta, recordó que los ingresos eran flojos desde hacía un mes, y que necesitaba dinero.

Volvió a sentarse.

—No te discuto la posibilidad de que haya jaleo, Kent. No he oído

nunca comentar que Larson acribillara a nadie en plena calle, pero no es el tipo de hombre pacífico que se tome las cosas con resignación.

—Treinta por día, y un extra de doscientos. Cien anticipados para gastos de entierro, y socorro a mi viuda. Lo tomas o me echas, virgen del Rhin.

Georgia Baxter suspiró melodramáticamente. Su blanca camisa de cuello cerrado, se abombó. Pero Farrar no se emocionó en ningún sentido.

—Supongo que me permitirás ganar algo, ¿no?... Mi cliente solo paga una miseria. Y yo soy la que consigue los clientes, Nappy.

—Me voy al puerto a descargar. Celebro que sigas bien de salud.

Se levantó Farrar de nuevo, añadiendo:

—Mi piel es barata, pero no tanto. Rolf Larson tiene sesos, mala baba y sobornados en los sitios adecuados.

—Siéntate, que esto no es un chalaneo. Acepto darte treinta por día, y cincuenta de anticipo, sobra los doscientos. Soy una pobre huérfana, y tú un soltero vicioso. Yo ahorro centavo sobre centavo, y tú derrochas el dinero de mi agencia.

—¿Quién es la sirena?

—Se llama Melba Cortez. Vive en Jamaica Line, 3118. Su padre se arruinó hace unos cuatro años, y escogió el salto por la ventana de un noveno piso.

Ella, que tomaba parte en funciones de aficionados, se pasó al Broadway, apenas murió la madre del disgusto.

—¿De qué disgusto?

—Por el salto que la convirtió en viuda.

—Ya. ¿Y qué pretende tu cliente?

—Apartar a Melba de su tierno retoño. Como sea. Cualquier medio es lícito. Afirma que ella no quiere a su hijito, sino que lo atrae a los gatitos para que deje el dinero en las mesas bajo control de Rolf Larson y su pandilla.

—¿Podría hablar antes con el papá de la criatura?

Georgia Baxter pulsó en el dictáfono. Y dijo:

—Que pase el señor Cabot, Glenda.

—Oye, tu nueva secretaria está magnífica. La vi de refilón, pero está fantástica.

—¡Olvídala! —chilló Georgia—. Me vale un dineral, en asuntos de divorcio. Cualquiera de mis detectives que intente castigarla, Kent Farrar, lo aniquilo.

La puerta abriéndose, atajó la incipiente discusión. El cliente era un rubio platino, teñido, algo calvo. Vestía franela gris, calzaba botines, y llevaba un bastón de puño de plata y un sombrero Stetson.

Rostro anguloso, frígido, con bolsas bajo los ojos grises.

—Veintiséis minutos, señorita Baxter —anunció con tono cortante —. Es el tiempo que llevo esperando, y mi tiempo es valioso.

—Puede ser más valioso evitar que su hijo se case con la corista en cuestión. Siento haberle hecho esperar, señor Cabot, pero usted quiso ver personalmente a mi detective Kent Farrar.

Clive Cabot arqueó las cejas, y su corva nariz tuvo un aleteo vibrátil como si oliera algo fétido, mientras detallaba a Farrar.

—No me parece el hombre a propósito, señorita Baxter. Indiqué que era preciso un detective con aspecto de caballero.

—¿Es usted por casualidad el Cabot de los Cabotín de la Tabla de Judía al trescientos por cinco? —indagó, amablemente, Farrar.

Clive Cabot avanzó un paso, alzando su bastón. Georgia Baxter suspiró. Kent Farrar siguió sonriente.

Incisivo, protestó Cabot, retrocediendo y ocupando un sillón:

—Este individuo me ha insultado. A mí, a un hombre de mi posición...

—Un minuto, un minuto —rogó ella, en tono apaciguador.

—Sobran minutos, Georgia. La parte contratante me es rotundamente antipática, y si consiento en trabajar es por ti. Porque el asunto es sucio, duque de Cabot, sea cual sea su posición, que por ahora y para mí es la de un padre que teme por su dinero, y no le importa que a Melba Cortez la hunda yo, con tal de que Cabot hijo no vuelva a rondar. ¿Cuánto le ofrezco a Melba?

—¡Ni un centavo, joven! —atajó, indignado, Clive Cabot.

—Suponga que ella se case con su hijo. Le costará más caro.

—Mi hijo tiene dinero propio. Una renta de mil al mes, de un fondo en capital que le legó su madre. Capital que percibirá al cumplir los veintiocho.

—¿Cuántos años tiene y cuánto capital?

—Le faltan dos meses para cumplir los veintiocho y entrar en posesión de un cuarto de millón, neto.

Silbó Farrar, y Georgia intervino:

—Podemos ofrecerle cinco a Melba, señor Cabot. Piense que con ello salva la vida de su hijo, ya que Rolf Larson...

—Rolf Larson es un *gangster* que en combinación con la mujerzuela, trata de acumular pagarés de Arthur. ¿Insinúan que existe el peligro de alguna violencia por parte de Larson? En fin, he perdido demasiados minutos, señorita Baxter. Le entregaré el cheque por cinco mil, apenas Arthur se aparte de esa mujerzuela, totalmente convencido de que ella es una mujerzuela. Buenos días, señorita Baxter.

Miró a Farrar y dijo, al colocarse el sombrero:

—Quiero eficiencia, joven. Y en esta ocasión, le pagaré quinientos de mi bolsillo particular, si consigue lo que deseo. ¿Entendido?

—Y deleitado por los quinientos, príncipe. No por conocerle.

Acentuó Cabot su arqueo de cejas, y el puño de su bastón pareció el puntero de un maestro:

—Ya que no de su educación, espero poder convencerme de su eficiencia.

Clive Cabot abrió la puerta, para cerrarla desde fuera, con cierta violencia.

Georgia Baxter suspiró, antes de decir:

—Como los extras son a medias, Kent, vas a ganarte doscientos cincuenta.

Agitó Farrar la diestra como si barriera hacia sí:

—Quinientos netísimos, ya lo oíste, «Shylock» con trenzas. Y trae cien para los gastos primeros. Ni un níquel menos... «Sh, sh, sh». Te consta que soy genial, cuando me lo propongo. Vengan esos cien. En un solo billete, o agotarás el *stock* de suspiros.

Georgia Baxter suspiró dos veces. Una por cada billete. Y estaba Kent Farrar cerca de la puerta, cuando indicó ella:

—De todos modos, procura vigilar las esquinas, sombras y coches. Rolf Larson se enojará cuando Melba le dé cuenta de tu visita.

Rio Farrar bajándose el ala delantera del sombrero, y hundiendo la diestra en el bolsillo de la americana. Después, puso mueca torva, y gangueó:

—Soy una fiera corrupta cuando me enojo, y necesito varios Larson para asustarme, Lorelei. La sirena del Rhin, que tú podrías ser si vistieras y hablases como una mujer. Inténtalo alguna vez. Palabra que estarías suculentísima, patrona. Abur.

Georgia Baxter, a solas, volvió a suspirar. Esta vez no pensaba en dólares, sino en Kent Farrar. Un hombre jovialmente temerario, simpático y guapo. Peligroso en todos conceptos.

Kent Farrar saltó del taxi ante el enorme bloque numerado 3.118, en la elegante avenida de Jamaica, al nordeste de Brooklyn. Un barrio distinguido, limítrofe con el distrito de Queens.

El vestíbulo de recepción del 3.118, poseía una alfombra tan esponjosa que inspiraba deseos de revolcarse en ella, pensó Farrar, al acodarse en el largo mostrador.

Dando la espalda a una serie de casillas, centralilla telefónica y tarjeteros metálicos, indicando si estaban o no los inquilinos, un conserje en rutilante uniforme verde, examinó altivamente a Farrar.

—La señorita Cortez me espera.

El conserje miró por encima del hombro el tarjetero completamente

descubierto. Preguntó:

—¿A quién debo anunciar?

—Rolf Larson.

El conserje permaneció inmutable. Pero su pie izquierdo se adelantó pisando una seta que sobresalía en el suelo, bajo el mostrador.

Una puerta se abrió a la izquierda, y un individuo ancho, de rostro chato, cuya amplia corbata ostentaba manchas de ceniza, se aproximó masticando un cigarro y hundidas las manos en los bolsillos del pantalón con rodilleras.

El conserje inquirió:

—¿Es usted el señor Larson?

—De parte de Larson —sonrió Farrar.

—Hay una leve diferencia, ¿no, Boyd?

El interpelado asintió gravemente, y el conserje amplió:

—Este caballero pregunta por la señorita Cortez.

—Eso es, pero no he preguntado por este otro caballero —dijo Farrar apuntando con el pulgar a Boyd.

—El señor Boyd es el detective de la casa —aclaró el conserje.

Boyd señaló con su cigarro hacia la puerta por la que acababa de salir.

—Yo avisaré a la señorita Cortez. ¿Quiere pasar, usted?

—¿Es que hoy tiene recepción de embajadores? —indagó Farrar, entrando en el pequeño despacho. Olía a *whisky*, tabaco rancio y humedad. Boyd cerró la puerta.

—¿Conque de parte de Rolf Larson, eh?

Mostró Farrar su carnet de investigador de la «Agencia Baxter». Boyd cambió su cigarro de lado y comentó:

—Me lo imaginaba. ¿Por qué inventó que venía de parte de Larson?

—Para ver sin obstáculos a mi futura cliente, pero ya van dos barreras. ¿Tiene cambio de cincuenta?

Boyd arrugó el entrecejo, y sacó del bolsillo un delgado rollito.

Kent Farrar tendió el de cincuenta, y recogió los cuatro de diez del rollito. Boyd sonrió recogiendo el de cincuenta, y dijo:

—Es difícil ver a Melva Cortez, pero hay solidaridad entre colegas, y vamos a conseguirlo.

Cogió el teléfono, y pulsó el botón numerado 13.

Su voz de áspera y gruñona, se convirtió en melosa:

—... Perdone, señorita Cortez. Un caballero desea verla para algo importante. ¿Cómo?... No, no le conozco, pero estimo que puede recibirlo. Ya sabe que yo respondo de...

Se oyó el clic en el auricular, y colgando indicó Boyd:

—Puede subir, Farrar. Pero si baja con los pies tiesos, no me venga

con reclamaciones.

—¿Hay «custodia»? —susurró Farrar acompañando a Boyd, hacia los cuatro ascensores.

Boyd abrió la puerta del segundo ascensor, y dijo:

—A mí que me registren, compañero. Yo solo respondo de...

Cerró Farrar la puerta, y apretó el botón tercero, junto al que una etiqueta llevaba con otros números el 18.

También era mullidísima la alfombra del pasillo, y las luces indirectas daban tonalidades coralíferas a paredes y puertas.

Oprimiendo el pulsador en la puerta marcada 18, pensó Farrar que aborrecía aquella clase de trabajo.

Abrió la puerta una pelirroja. Recogidos sus cabellos de llama en una redecilla, intensamente azules los ojos. En la blanca tez sin maquillar, los labios tenían un agradable color rosa.

Calzaba sandalias bajas, y el pantalón de pijama, armonizaba con la blusa camisera.

Había algo raro en la mirada de los azules ojos. Como si no se hubiera disipado el sueño...

—¿Quién es usted, ojos pardos? ¿Y qué quiere?

Hasta la voz daba la impresión de que estaba soñolienta la pelirroja. Se tocó Farrar el cabello.

—Dicen que los pelirrojos tenemos muchas afinidades, Melba. Si me deja entrar, trataremos de demostrarlo.

Se apartó ella, y cerró Farrar la puerta.

El recibidor era también «living», con chimenea, bar y televisión.

Melba Cortez casi se tendió en un diván, y señaló una mesita sobre la que había una cubeta con hielo y una licorera con media docena de vasos.

Un vaso llevaba carmín en su borde, y estaba medio lleno.

—Creo que no le vendrá mal un tónico, ojos pardos. El conserje me telefoneó antes que lo hiciera Boyd. O sea, que usted viene de parte de Rolf Larson.

—Ni siquiera lo conozco —afirmó Farrar, mirando al trasluz el *whisky* antes de paladearlo.

—Rolf brincará de contento al saber que anda un sabueso usando su nombre.

—Nada de sabueso, señorita Cortez. Solo un mísero chacal que desea ganarse el sustento.

—¿Chacal?

—Un licor de primera —aseguró Farrar, chasqueando la lengua—. Mi patrona llama chacales a los que rondan en torno a un mismo manantial, pero por distinta causa.

—¿Soy yo el manantial?

Melba Cortez hablaba netamente, pero como sí tuviera dificultad en mantenerse despierta. Y Kent Farrar miró de pronto el vaso con carmín en su borde.

—Oiga, así entre nosotros, ¿me echará si le digo que me parece que estaría usted mejor con hielo en la cabeza y acostada?

Parpadeó sonriente Melba Cortez; e imitando el tono de los charlatanes de feria, dijo:

—Un puro y la petaca para el señor. Acertó en plena diana, ojos pardos. Empecé a beber sólita antes de acostarme. No podía dormir, y volví a beber. Pero no consigo perder el control. Me son simpáticos sus ojos. Parecen avellanas con manchitas de sol. No son grises, helados, leopardinos... Eres simpático, ojos pardos, y te habrán dicho ya que soy una mujer fatal. ¿A que sí?

Kent Farrar decretó mentalmente que aborrecía más que nunca su trabajo. Pero necesitaba los quinientos dólares de prima.

—Pongámonos de acuerdo, ojos de cielo. Yo me gano quinientos, si aceptas ganarte cinco mil.

—Dinero, dinero, siempre dinero —bostezó ella—. Adelante, chacal.

—Se trata del joven Cabot. Un tierno infante, preso en las redes de tu infinita seducción. Un tierno mozo al que Rolf Larson puede convertir en papilla, si se amosca. A menos, que Rolf esté interesado en que el joven Cabot vaya dejando pagarés en sus mesas de juego. ¿Es esta la combinación, mujer fatal?

Melba Cortez rio suavemente, y abrazándose las rodillas, manifestó:

—Desde esta noche, todo me da igual, y os tongo inquina a todos vosotros. A todos les hombres en general, y a uno en partícula.

—De acuerdo, de acuerdo. Por lo tanto, no te será difícil interpretar el papel de Margarita, la de las Camelias. Hazlo por mí.

—¿Por ti, ojos pardos? ¿Por qué?

—Para que pueda alimentarme durante un mes con los quinientos que me ofrece el padre de Armando, o sea el viejo Cabot, un vejestorio presumido que se tiñe los cabellos, pero que anhela librar a su hijito de tus redes. No me digas que adoras al joven Cabot. No le conozco, pero los jóvenes millonarios suelen ser pelmas.

Rio ella infinitamente divertida, y dando una repentina palmada, dijo:

—Ya lo has oído de nuevo, Arthur. Eres un pelmazo.

Kent Farrar miró al que, apartando una cortina, avanzaba con paso decidido.

Rubio, de rostro brutal, espaldas de catcher y manos de leñador,

aunque estuvieran manicuradas. Vestía un cruzado blanco, cremoso...

—Fuera, hiena —silabeó desdeñoso.

Kent Farrar agitó el índice:

—Solo chacal, joven. Tenga en cuenta que soy el representante de un padre mimoso.

—Fuera, antes que te tragues los dientes —avisó el rubio coloso.

Melba Cortez aplaudió solo con las yemas, diciendo:

—Me encanta ver a los hombres duros, arrodillados a mis plantas. Aunque ninguno de vosotros tenéis los ojos grises, helados...

Kent Farrar cometió un leve error. Mirar la cortina que se movía, y antes de darse cuenta que era solo el aire de una ventana abierta lo que la impulsaba, recibió una desagradable impresión.

El rubio desplazó sus kilos con una inesperada distensión y moviendo los brazos en émbolo, asestó dos rápidos ganchos, que Farrar no vio venir.

El primero bastaba, porque alcanzó exactamente el plexo solar de Kent Farrar; este comprobó prácticamente que también era mullida y esponjosa la alfombra en la que hundió el rostro, al ser proyectado por el segundo puñetazo en su costado.

No pudo oír lo que decía Melba Cortez:

—No le patees, Arthur, o te estampo esta botella en la cabezota. ¡Os odio a todos! Y este chacal me era casi simpático... ¡Fuera, Arthur! Si no te vas inmediatamente, hemos terminado. ¡Fuera, chacal!

Arthur Cabot titubeó, pero por fin abandonó el departamento. Al abrir la puerta, barbotó:

—Échalo, y dile que no se moleste en ofrecerte miles. Yo me casaré contigo, y nadie podrá impedirlo.

—Solo yo, querido, solo yo puedo impedirlo— sonrió ella, empujando la puerta.

En el suelo, Kent Farrar seguía bajo los efectos del «K.O.» técnico.

CAPÍTULO III

A las doce y media, Britt Milton entró en el despacho de Kent Farrar. Bastaba empujar la puerta de cristal opaco. Un zumbador avisaba hasta que la puerta por sí misma volvía a cerrarse.

A los tres pasos, el estrecho recibidor-antesala, daba acceso a la otra puerta. Milton poseía una llave, porque durante algunas semanas había pagado el alquiler, hasta cerciorarse de que no le gustaba la profesión de privado.

Había centenares de ex combatientes que decidieron intentar suerte en la carrera de «chacal», como decía la patrona de Kent.

Se instaló Milton en el propio sillón de Farrar, tendiendo las piernas sobre la mesa. De vez en cuando palpaba el sobre conteniendo los cuarenta billetes. Sonrió al pensar en la sorpresa de Kent Farrar, cuando abriera el cajón, en que acababa de colocar en abanico los hermosos billetes. La lancha.

Sonó el zumbador y Britt Milton colocó las manos tras su cabeza, silbando con fingida indiferencia.

La puerta del despacho se abrió al empujón, y entraron dos individuos. Uno alto y flaco, con cara todo ángulos y ojos aterciopelados. El otro, pequeño y macizo, con cara mofletuda y ojos saltones.

Ambos se igualaban en esgrimir una automática en la diestra.

El alto y flaco, indolentemente. El mofletudo, con mueca rabiosa de perro fox-terrier.

Britt Milton dejó de silbar, pero siguió con las manos entrelazadas a la nuca. Dijo escuetamente:

—Aquí no se esconde el que buscáis, palabra que no.

El más pequeño avanzó, mientras el otro se sentaba en una silla, indicando:

—Tómelo con calma, ciudadano. Regístrale, Buddy.

Buddy conminó, agresivo:

—En pie, y ojito con los trucos, que me los sé todos. Dando la espalda, pollo.

Britt Milton se puso en pie, codos en alto, abiertas las manos cerca de sus orejas.

Miraba al flaco y anguloso, que parecía aburrirse inmensamente.

Buddy pasaba su abierta zurda por sobacos, costados, bolsillo trasero y los otros bolsillos del traje de otomán gris.

—No lleva arma, Johnny. Dale el aviso ya.

Britt Milton recordó sus buenos tiempos de truquista a la fuerza. El llamado Buddy había cometido un grave error, al encañonarle de frente a tres pasos de distancia.

Casi fue un juego infantil.

Saltar, dar un manotazo en la nuca hacia abajo, otro hacia arriba en el antebrazo, y mientras la automática saltaba hacia arriba también, Britt Milton abrazó un instante a Buddy.

Atrayéndolo hacia el pecho, y volviendo a darle un manotazo hacia arriba, pero esta vez en la cara.

Buddy, brazos abiertos, fue a caer sentado unos pasos atrás. Y Britt Milton se abalanzó a recoger la automática.

—Tómelo con calma, ciudadano —advirtió Johnny—. No se trata de hacernos pupa.

Buddy, incorporándose, hizo algo grotesco. Pegar puñetazos rabiosamente al respaldo del sillón para visitas.

Sentado en la esquina de la mesa, manteniendo el cañón de la automática hacia abajo, comentó Milton:

—Hoy me pescáis de buen humor, Buddy, Johnny. Habéis hecho una entrada de miedo, y acabas de hacer el payaso, Buddy. Bala por bala, Johnny. Expulsa en tu palma, y yo también.

Buddy escupió pasándose la mano por los labios. Johnny introdujo en su funda axilar la automática, y manifestó con su tono tranquilo:

—Buddy es un pobre huerfanito, y le dejo que me acompañe en algunas faenas. Pero no está práctico aún. No le hagas caso, Farrar, salvo si pretende pegarte un bocado. Queríamos impresionarte, pero ya me supuse que Buddy baria el payaso. Así va cogiendo práctica. ¿Te enteras, Buddy?

Siguió escupiendo rabiosamente el interpelado, y añadió Johnny:

—Trata de asimilar una idea, Farrar. Esta mañana el viejo Cabot te ha alquilado para apartar a su hijo de una vampiresa. Esta entrada que acabamos de hacer, ha sido solo para asustarte.

Sonrió Milton, porque estaba de buen humor. Poseía dos mil dólares.

—Ya lo estáis viendo, camaradas. Me tiemblan los calcetines.

—Toma nota de todos modos, que yo no soy Buddy. Este viaje es de primera alarma. Abandona el asunto del viejo Cabot, si quieres seguir leyendo el cartel de tu puerta, y no verlo desde la parte inferior sobre una caja de pino, almohadillada, contigo dentro. Creo que está claro.

Britt Milton hizo girar la automática en torno a su índice por el portagatillos. La arrojó al suelo ante los pies de Buddy.

Y Johnny sonrió, exhibiendo unos dientes amarillentos en el

anguloso rostro:

—¿Lo ves cómo era solo una visita de amistad, Farrar? No iba yo a consentir que este nervioso pudiera apretar el gatillo, y con las pistolas pasa como con las setas. Para saber si son venenosas, hay que comerlas.

Buddy recogió y guardó la pistola descargada. Britt Milton aventó con las dos manos:

—Ahuecad, Tim y Tom. He visto payasos menos graciosos que vosotros. Le daré el encargo a Farrar.

Buddy estaba ya junto a la puerta. Con una pistola cargada, debía de ser peligroso, por su exceso de nervios y mala intención.

Johnny, poniéndose en pie, comentó casi admirado:

—La mía no está vacía, tú.

Seguía teniendo cara de aburrido. Era mucho más peligroso que Buddy, por mayor «práctica», y ausencia de nervios.

Britt Milton giró las piernas sobre la mesa, y se sentó en el sillón sin perder de vista a la pareja.

—Quedamos en que era una visita para dar miedo. Tendréis que repetirla, muchachos, porque Kent Farrar no se ha asustado. Resulta que yo no soy Kent Farrar.

—Abriste con llave —arguyó Johnny, señalando la cerradura.

—Ya le daré el encargo a Kent. Dos payasos han venido para rogarte que no trabajes para el viejo Cabot, Kent. La próxima vez vendrán con las herramientas cargadas, y con más precauciones. Pero captad la onda, payasos. Yo soy un chico pacífico. En cambio, Kent Farrar se considera siempre en activo, siempre amenazado, y es de los que primero pegan, y luego preguntan qué ha pasado.

—Anda, Buddy. Espérame abajo.

Empujó Johnny con el codo la puerta, empujando a la vez a su cómplice. Y dijo:

—Ya que eres amigo de Farrar, no le engañes. Adviértele, que no dé un paso en falso. Y lo daría si pretendiera apartar a la vampiresa de Arthur Cabot. Me pagan para disparar cuando no me hacen caso. No soy ningún asesino, como puedes darte cuenta. He venido solo a dejar el aviso.

—¿De parte de quién? —preguntó Milton muy serio, risueños los ojos grises.

Él flaco calmoso, sé tocó el pedio con el pulgar:

—Mi menda. Si he de volver, me cargaré a tu amigo.

—La vida está cara, ¿eh? Bueno, te evitarás el desengaño, porque Kent Farrar hoy mismo abandonará su cochino oficio. ¿Quién te paga?

Abriendo la puerta, Johnny volvió la cabeza:

—La Sociedad Protectora de sabuesos tercos. Adiós.

Britt Milton se dirigió hacia la puerta. Johnny se tocó el nudo de la corbata estampada.

—Cerraré por dentro, para evitar que tu huérfano intente demostrarte que vale, y le dé otro chasco. Escampa, matón.

La sonrisa de Johnny destilaba malignidad, pero se apartó a tiempo. Y Britt Milton cerró la puerta por dentro. Así podría esperar sin sorpresas la llegada de Kent Farrar.

* * *

Kent Farrar, al apartar la boca de la alfombra, miró hacia el diván. Veía un pantalón, pero no era el del pijama femenino.

Se incorporó lentamente. Hacía ya rato que había recuperado el sentido, pero su demora, obedecía a que había oído deslizarse los pasos de tres hombres.

Uno de ellos, era Boyd, el detective de la casa.

Otro estaba en una esquina, mirando con indiferencia hacia la mesita cuyo frasco de *whisky* significaba una gran tentación para Farrar. En él diván, se sentaba un individuo alto, de negro cabello lustroso, rostro de facciones regulares, grandes ojos negros.

«Suave, amable por fuera. Inteligente y sin misericordia si alguien se interpone en su camino», esto decía de Rolf Larson la opinión popular en Brooklyn.

Rolf Larson tenía las manos sobre la mesita, repiqueteando como un pianista. Miraba a Farrar, como si examinase un objeto raro.

—Un trago me vendría de perlas, señores y caballeros —dijo Farrar.

—Este es el tipo que quería ver a la señorita Cortez —explicó, obsequioso, Boyd—. Primero le dijo al conserje que venía de parte de usted, señor Larson. Y el conserje le telefoneó a usted, porque yo...

Rolf Larson movió la manga de su chaqueta blanca. Boyd enmudeció.

—Dale uno de diez, Regan.

El que estaba en la esquina chasqueó los dedos como si llamase a un perro. Con la otra mano mostró un billete de diez.

Kent Farrar cogió el frasco de *whisky*, se escanció en un vaso. Iba a llevárselo a los labios, cuando la manga de seda blanca, volvió a moverse.

El vaso saltó a un lado, desparramado su *whisky*.

Amablemente dijo Rolf Larson, volviendo a reclinarse en el diván:

—Esta marca la traigo yo aquí para mi uso particular. Lárgate, Boyd. Acompáñale, Regan.

El detective de la casa se apresuró a abandonar el «living». Regan se

apoyó en la puerta cerrada.

Kent Farrar, sentándose en, el brazo de un sillón, manifestó:

—La Biblia dice que hay que dar bebida al sediento.

—Agua del camino, no licor para un chacal llamado...

—Kent Farrar —dijo, desde la puerta, Regan—. Detective «Agencia Baxter».

Era él quien se había inclinado, recogiendo con habilidad el carnet y la «Savage» cuyo peso echara mucho de menos Farrar.



Surgieron de entre los mirtos...

Rolf Larson entornó los párpados.

—Melba solo pudo decirme que eras un chacal, que venías con cinco mil de parte de un Cabot, y que el otro Cabot te había golpeado sin avisar. ¿No es una pena?

—Según se mire.

Rolf Larson sonrió, pero Farrar miraba a Regan, que había dado un paso.

—¿Según se mire quién, Farrar?

—No es pregunta fácil, Larson. Con este valiente escuchándonos, tengo que ser prudente, ¿verdad?

Bucht Regan dio otro paso, mascullando:

—Alguien va a morder otra vez la alfombra.

—Oiga, señor Larson, por favor... Dígale a Regan que me impone un pánico atroz con solo verle, y que no hace falta que lo sude...

—A tu sitio, Regan. Por ahora, solo hablamos el chacal y yo. Tengo pupila, Farrar. No eres un asqueroso jugador a dos barajas. Te encargó Clive Cabot una misión imbécil, porque ofrecerle cinco mil a Melba, que con una sola palabra puede tener un cuarto de millón, es perder el tiempo. Hablemos de Melba primero. ¿Qué te parece?

—Guapa, fina y no es de nuestra clase. A tu sitio, Regan. ¿No oíste al jefe, caramba? Lo tienes un poco indisciplinado, Rolf.

Rolf Larson sonrió de nuevo. Maquinalmente. Exhibiendo unos dientes blanquísimos. Los ojos nunca sonreían...

—Sois todos iguales en caradura. Tras la cortina, nos oye Melba, Si has estado grosero con ella, creo que Regan está impaciente por vapulearte, Farrar. La cortina no se movió. La voz femenina especificaba:

—Quiero dormir, Rolf. Id a discutir a otro sitio. Este chacal no estuvo grosero. Quiere ganar los quinientos de Clive Cabot. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —repitió, en pregunta, Rolf Larson.

—¿Qué más puede haber?

—Pregunto yo, Farrar. Mi negocio principal es controlar varias salas de juego, pero a veces ciertos chacales han pretendido sondear, valiéndose de fintas.

—No entiendo de esgrima, Larson. Vine a proponer cinco mil de parte del viejo Cabot, para que Melba diera calabazas indiscutibles al joven Cabot, Eso es todo. ¿Algo más?

Rolf Larson removió la lengua bajo el labio inferior, impulsándolo hacia fuera. Entornando el párpado izquierdo, ladeada la cabeza.

Kent Farrar sintió un leve sudor, no debido al verano exteriormente ardiendo. La sala estaba refrigerada.

Pero Rolf Larson, mirando fijamente en actitud pensativa, dejaba de ser un amable y suave jefe de salas de juego. Tenía menos aspecto de criminal nato, Butch Regan, indiferente, con la diestra entre las solapas, esperando la orden.

Rolf Larson no dio la orden.

Chasqueó la lengua, abrió del todo los párpados, e indicó:

—Devuélvele sus herramientas, Regan. Y acompáñale.

Kent Farrar recogió el carnet y la «Savage». Se sabía vigilado por los negros ojos, cargados de malévola expresión.

—No vuelvas a darme en qué pensar, Kent Farrar. Cualquier asunto relacionado con Melba y conmigo, debe inspirarte el máximo respeto, una completa abstención y una enorme prudencia. ¿De acuerdo?

—No puedo renunciar así como así a quinientos dólares, Larson. En las agencias echan a los ineptos.

—Más vale que te busques otro trabajo, creo yo... si quieres seguir disfrutando de buena salud.

—No lo entiendo... Dejas que Cabot...

—¡Acompáñalo, Regan!

Pero ya Kent Farrar había abierto la puerta, y alargaba la zancada hacia al ascensor.

En la puerta entreabierta, siguió. Butch Regan.

Bajando por el ascensor, meditó Farrar que si el «gangster» reputado inteligente, ya que no le podían demostrar sus fechorías, y con fama de no tolerar obstáculos en su camino, permitía que Arthur Cabot siguiera asediando a Melba Cortez, debían sumar una crecida cantidad los pagarés que firmaba Arthur Cabot.

Pero, ¿por qué se imaginaba Larson que iba él tras otra pista, cuando solo iba a ganarse los quinientos ofrecidos por Clive Cabot?

Entró en un bar, desde el que divisaba el aparcamiento de coches del 3.118. Vio a Rolf Larson y a Butch Regan subir en un «Packard» ante cuyo volante estaba un individuo de anchas espaldas y pequeña cabeza.

Marcó en el teléfono los números correspondiente a Melba Cortez. Tuvo que aguardar casi un minuto.

Y habló apenas descolgaban:

—... Sin rencor, ojos de cielo. Está bien que odies a los hombres pegajosos como Arthur y Rolf. Pero a mí, un honrado portador de cinco mil dólares, no me odies. No me gusta Clive Cabot, ni me gusta Arthur, ni mucho menos Rolf. ¿De veras no quieres hacer caso a papá Cabot?

—... Déjale que se muerda las uñas. Algún día te explicaré la razón por la que he convertido a Arthur en mi pekinés suplicante. Olvida este asunto, Farrar. Has hecho bien en telefonearme. No vuelvas por aquí, ni pretendas comunicar conmigo. Ya que no te gusta Rolf Larson, podrías obtener una mayor cantidad, dedicándote a sondear en torno a dos nombres que traen muy preocupado a Rolf. Sé que no debería hacerlo, pero estoy harta de Rolf, de Arthur, y de todos... Posiblemente, Rolf te matará, si te atreves a sondear en torno a dos nombres. Pero si

aciertas, no tendrás que volver a sentirte avergonzado de ti mismo. Por eso me fuiste casi agradable, Farrar. Reconocías que era mezquino tu encargo. Como dice Rolf, si deseas disfrutar de buena salud, apártate. Si quieres tal vez encontrar una pista para la fortuna, indaga por los archivos periodísticos de New Jersey, quién era Neil Harlan, y quién es Betty Arlen. Tengo sueño, y me voy a dormir del todo... No me des las gracias, Farrar. Acaricio la esperanza de que si Rolf pretende eliminarte, te le anticipes. Ojalá.

Cortaron, y Kent Farrar se mordió un pulgar.

La diaria existencia de un detective privado era agitada y plena de misterios.

¿Quería Melba casarse con el joven Cabot? ¿Deseaba verse libre de la amorosa tutela de Rolf Larson?

Comió en aquel mismo bar, y tomó el tren de la una y treinta hacia New Jersey. Saldría de dudas, consultando archivos en busca de quién podía ser Neil Harlan y de quién era Betty Arlen.

CAPÍTULO IV

Britt Milton, a la una y media, se cansó de esperar, Comió en el automático donde solía ir Kent Farrar. A las tres, telefoneó a la agencia. Le informaron cuando dijo quién era, que su amigo Farrar había avisado que pasaría la tarde en New Jersey.

Britt Milton volvió a dedicar la tarde a estudiar los distintos tipos de lancha que efectuaban el recorrido turístico veraniego y mercantil invernal.

A las siete, en el despacho de Farrar, cerrada la puerta, se dedicó a desmenuzar las columnas de Sucesos de todos los periódicos de la edición recién lanzada.

No encontró la menor alusión al accidentado recogido por una ambulancia. Empezó a examinar la columna de accidentes.

Repiqueteó el teléfono sobre la mesa. Esgrimiendo el hasta entonces inútil lápiz, rojo para señalar lo que pudiera relacionarse con su disparo matutino, se aplicó el auricular.

—... Despacho de Farrar, al habla. Diga.

—... Es la tercera vez que le llamo, Farrar. No solo lo no ha arreglado nada, sino que me ha puesto en evidencia ante Arthur. Creo que necesita una orientación, joven.

—... Y tanto. ¿De qué se trata?

—... A las siete y media en punto, mi chofer Rogers pasará a recogerle en mi «Bentley». Y si quiere ganar los quinientos ofrecidos, necesita que lo oriente yo. Su primer paso ha sido un tropiezo. A las siete y media en punto, esté en la acera ante la salida de su despacho. Le recogerá Rogers, mi chofer. No falte o rescindiré mi petición a la agencia.

—...De acuerdo.

Al ahorquillar, pensó Milton que en ausencia de Farrar, él podía suplirle, hasta que volviera su amigo de New Jersey.

«NEW JERSEY» leyó en el periódico, encima de una foto.

«UNA ANTIGUA CELEBRIDAD DE NEW JERSEY»

La foto le fascinó.

Era la de «Reginald». Un hombrecillo maduro, de sienes cenizosas, mirada huidiza. Una mancha obscurecía la parte izquierda del rostro. Bajo la foto del que estaba en la plataforma de un vagón, se leía:

«Neil Harlan sorprendido por nuestro fotógrafo en su

reconquista de la libertad.

»New Jersey City. Esta madrugada, al toque de diana, Neil Harlan que fue una celebridad hace unos años, abandonó el penal de Newark, donde cumplió dócilmente los siete años de condena que le impuso el tribunal. A las seis y treinta, Neil Harlan tomó billete para Brooklyn, su barrio nativo.

»Recordaremos brevemente la poco ejemplar historia de Neil Harlan. Un técnico en la apertura de cajas fuertes, y fue sorprendido cuando abandonaba la residencia del joyero Van Damm, en esta ciudad. Le acompañaba Dave Gaskil, que murió al hacer frente a la policía. Neil Harlan confesó su participación en otros robos, pero siempre negó que fuese obra suya la apertura de la caja del Hotel Fulton, en Queens, de la que desaparecieron lingotes de oro por valor de trescientos mil dólares, que aquel mismo día había depositado el lapidario británico Arnold Upperman. Aquellos lingotes tenían que ser entregados a las once de la noche a un consorcio joyero de Brooklyn. Su desaparición originó muchas molestias a la dirección del hotel, al consorcio y principalmente a Arnold Upperman.

»Neil Harlan negó siempre ser el autor de aquel robo. Esta mañana, apenas se obtuvo su fotografía, quisimos que nos declarase sus propósitos para el porvenir. Neil Harlan se encerró en un mutismo obstinado. Le deseamos que tras siete años de meditación, emplee sus habilidades en otra clase de mecánica laboral».

Britt Milton recortó la foto y el reportaje. Entre dientes, refunfuñó:

—Vaya engañifa. ¿Conque un amorcito que se embarcaba para Europa? Y ahora...

Abrió el cajón extendiendo los billetes uno por uno, al trasluz, cerca de la bombilla. Parecían legítimos.

Cuando los hubo examinado, vio que su reloj marcaba las ocho menos veinte.

Miró por la ventana. No había ningún coche esperándole. Era asunto de Kent Farrar, que estaba tardando más de la cuenta allá en New Jersey.

* * *

Kent Farrar al ir a entrar, se volvió con rapidez. Un reflejo adquirido, y acrecentado desde que sabía quién era Neil Harlan, y por el aviso de Melba Cortes, sabía que Rolf Larson se interesaba mucho por el abrecofres libertado aquella misma mañana.

Un chofer, majestuoso en su librea gris, dijo respetuosamente:

—Son las siete y media, señor Farrar.

—Gracias por el servicio horario. ¿Y qué más?

—El señor Cabot debió telefonearle que le esperaba su coche a las siete y media, señor Farrar.

—¿Cuál de los Cabot?

—El señor Clive Cabot. Le espera en su casa.

El chofer abrió la portezuela de la «limousine» «Bentley», y Kent Farrar se instaló en el asiento posterior.

Al volante, resaltaban las recias espaldas del chofer, cuyo rostro era pecoso. Las mandíbulas pulcramente afeitadas, tenían energía.

—No me acordaba ya de los Cabot, amigo...

—Rogers, señor. Derek Rogers. Con su permiso aparcaré unos instantes para recoger al señor Cabot.

—¿Cuál de ellos?

—El señor Arthur Cabot. Es la hora en que abandona el club.

—Celebraré volver a ver al joven Cabot. Este mediodía no me dio tiempo para apreciar las excelencias de su conversación.

El Bentley remontaba Forrest Park hacia Queens. Derek Rogers frenó en uno de los aparcamientos entre mirtos alineados simétricamente. Equidistaba el aparcamiento de las avenidas Fulton y Forrest, sede de los clubs elegantes.

—Es mi obligación todas las noches esperar de ocho menos veinte a ocho menos diez. Si no viene el señor Cabot, regreso a mi garaje. ¿Puedo encender un cigarrillo, señor Farrar?

—Está usted en su casa, Rogers. ¿Sabe usted quién soy?

—Un detective al que le encomendaron algo imposible.

—Usted es un buen conductor, Rogers. ¿Qué tal pájaro es Arthur?

Soplando humo, Derek Rogers contestó amable, mente:

—No soy cocinera ni doncella. Solo murmuro de mis patrones, cuando me despiden.

—El rey Cabot me llamó antítesis del caballero esta mañana. Media hora después el príncipe Cabot, me arreó un «K.O.» total, sin previo aviso. Aunque me anunció que corrían peligro mis dientes, estaba yo mirando a otra parte cuando atacó a traición. ¿Qué pretende ahora el viejo Cabot?

—Lo ignoro, aunque debe usted excusar la intemperancia de Arthur. No es malo en el fondo. Pero es un caprichoso.

Kent Farrar miró su reloj. Las ocho menos cuarto.

Bajando del coche, anunció:

—¿En qué club?

Apuntó Rogers con su cigarrillo hacia un luminoso que en el ático

de un edificio, al otro lado de la avenida Forrest, pregonaba las excelencias de un cóctel medicalmente sano para los cardíacos.

—Cuarto piso, club de Yale.

Dos individuos surgieron de entre los mirtos. Uno era alto y anguloso. El otro, pequeño y macizo. Avanzaban apresuradamente, y el más pequeño gritó:

—¡Ven acá, tú!

Kent Farrar se arrodilló, dio una vuelta sobre sí mismo, y perdió de vista la automática que esgrimía el más adelantado; el pequeño con cara de foxterrier rabioso.

Solo oyó dos toses secas, procedentes de la abierta ventanilla del coche. Y al incorporarse vio al alto y anguloso abrazarse a un mirto, antes de resbalar lentamente. El otro estaba ya boca arriba.

Los dos presentaban la misma marca. Un orificio en la frente, un poco más arriba del entrecejo el pequeño, y justo en el entrecejo el más alto.

Derek Rogers, bajando, preguntó:

—¿Está herido, Farrar?

En pie, sacudiéndose la ropa, Kent Farrar murmuró:

—Vaya pulso, amigo. Cayeron fulminados.

—Además de chofer, soy escolta de los Cabot. Licencia extendida por la propia jefatura de Detectives, donde pedí la excedencia al contratarme Cabot. Hace ya unos días, Arthur Cabot dijo que dos hombres le acechaban. Los describió. Eran estos dos.

Kent Farrar apoyó un pie en el estribo. Indicó secamente:

—Para usted la caza, Rogers.

Derek Rogers demostró que sus músculos tenían solidez. Atraía por las solapas al más pequeño, y por el cuello de la americana al más alto, arrastrándolos por el césped.

—Un lugar apropiado pata toda clase de parejitas, Rogers.

Crispadas las mandíbulas al esfuerzo, empujaba el chofer ex policía, los dos cuerpos al interior, entre el respaldo delantero y el asiento que había abandonado Farrar.

—Las ocho menos siete minutos, Rogers.

—Estos dos sabían también que aquí esperaba yo todas las noches, a esta hora, a Arthur Cabot. Debieron creer a la media luz, que usted era el hijo de mi patrón. Escogieron el peor momento. Usted pudo disparar.

—Lo hizo mejor usted, palabra que sí. Bien, ¿y ahora qué?

—Ignoro lo que determinará el señor Cabot. Si usted lo desea, iremos al Precinto Sexto, que es el más cercano.

Derek Rogers al volante, parecía esperar una orden.

Sentándose a su lado, replicó Farrar:

—Transmita mis opiniones a Cabot Clive. Tengo entre cejas... otro plomo más importante que ocuparme de su hijito. Yo creo que usted mismo podía atender a Melba Cortez. He sido testigo de que estos dos intentaban atacar a un hombre. He sido testigo que usted disparó oportunamente. Y ahora, déjeme donde me recogió. Estos dos, con la alfombrilla encima, pertenecen a la familia Cabot, y usted es policía. Dígale a su patrón que perderá el tiempo ofreciéndole dinero a Melba. Y cuando averigüe por qué esos dos tipos querían molestar a Cabot Arthur, comuníquemelo, Rogers. De momento, tengo en mi entrecejo algo más importante.

—El señor Cabot me ordenó que le recogiera... Kent Farrar golpeó de canto sobre el cuadrante. Frenó Rogers en seco, arrimando a la acera.

—Pongamos las cosas en claro, Rogers. Usted y su patrón sabían que dos individuos, por razones que ellos se han llevado al otro mundo, intentaban algo contra Arthur. Decidieron usted y su patrón que yo esta noche podía ser un buen testigo, si existía la posibilidad de que estos dos acudieran. Ya he sido testigo, pero no soy un pelele, Rogers.

—Como diga el señor —sonrió Derek Rogers—. Tengo que ir al precinto Sexto. ¡Taxi! —llamó por la ventanilla.

El taxi frenó, colocándose ante la «limousine» Bentley.

Kent Farrar miró al elegante chofer, ex policía.

—Mañana pasaré a visitar a su patrón. ¿A qué hora es la mejor?

—A las diez el señor Cabot nada cien metros braza. A las diez y cuarto desayuna. La piscina tiene agua tibia en invierno, helada en verano. Yo creo que el señor Cabot le recibirá con agrado, Farrar. No le gustó que su hijo le golpease. Estima como yo, que siempre es preferible no crearse enemigos. ¿Algo más, Farrar?

—Se lo diré cuando liquide otro asunto más importante, Rogers.

En el taxi, dio Farrar su dirección. Tenía que descartar a Rogers y los dos que viajaban bajo la alfombrilla en abrazo macabro, sosteniendo en su regazo el más alto, al de la cara de fox-terrier colérico.

Dos tiros que hubiese rubricado el propio Britt Milton.

CAPÍTULO V

Kent Farrar abrió con su llave, y Britt Milton exclamó:

—¡Ya era hora, Sherlock! Desde el mediodía, esperándote, y con un notición fenomenal.

—Un minuto, un minuto, compadre. Tengo que poner orden en mi sesera. Y necesitaré que me ayudes, porque esta vez he dado con un filón. Pero a solas, tardaría, y además para que me carbure el cerebro, necesito tenerte a la espalda, en este magnífico filón.

Britt Milton extendió sobre la carpeta los billetes de cincuenta.

Y dijo:

—Dos mil limpios de polvo y paja, aunque los sané misteriosamente.

—Un minuto, un minuto —atajó Farrar, nerviosamente—. He de telefonear a la patrona. ¿Son de propaganda estos papeles?

Iba marcando en el disco, y Britt Milton colocó encima de los billetes el recorte con la fotografía de Neil Harlan.

Kent Farrar se atragantó, dilatados los ojos.

—¿Qué demonios...? —y cambiando el tono, añadió—: ...Hablaba con un amigo, Georgia. Vete tomando nota taquigráfica en el expediente Cabot. Última novedad. A las siete y media, un chofer llamado Derek Rogers me recoge en el coche de Capot, ante mi puerta, regresando yo de New Jersey.

—¿Qué fuiste a hacer allá? No cargues a mi cuenta este viaje.

—... Subo en el «Bentley», y Rogers me lleva al aparcamiento más solitario, recoleto y propicio para besitos de Forrest Park. Según dijo me quería ver Clive. Y allí esperaba siempre diez minutos, para recoger a Arthur, procedente del Yale Club. A menos cuarto, aparecieron dos tipos. Uno, alto y flaco, con medio rombo por cara. El otro, pequeño y gordito con mueca de perrillo al que roban un hueso. Me dijeron que me acercase. Llevaban dos automáticas. Derek Rogers disparó solo dos plomos, «¡Floc, floc!» En plena sesera. Los recogió y empaquetó con la alfombrilla trasera. Dice que pidió licencia de policía, para pasar a ser chofer, escolta y secretario de Cabot Clive. Iba al Precinto Sexto, con su carga, me dijo. Yo le notifiqué mi renuncia a los quinientos. Pero le dije que estaba claro que me emplearon como testigo. Según pretende, eran dos tipos que acechaban a Arthur. Mañana a las diez, si me despierto y la noche no sigue tan agitada, visitaré a Clive Cabot. Algo me huele a podrido en todo esto. Cierro.

En torno a la boquilla colocó Farrar la mano cerrada. El auricular lo aplicó sobre la solapa.

—Dispara, Britt.

—El alto llamaba Buddy al otro, que le correspondía con Johnny. También aparecieron con pistolas. Me confundieron contigo. Les aclaré el error. Traían el encargo de que abandonases el asunto que te encomendó el viejo Cabot. Dos payasos alquilados...

Kent Farrar apartó el auricular, y se oyó la voz femenina:

—... ¡Te he dicho lo que pienso!

—... Repite, con mejores modos, Georgia.

—... Ven inmediatamente, Kent. Tú puedes demostrar que estos dos que te confundieron con Arthur Cabot, los pagó Rolf Larson. Es indudable.

—... Hasta mañana estoy muy atareado. Iré mañana. No telefonees, porque tengo varias citas urgentes. Felices sueños.

Ahorquillando, Kent Farrar se pasó el pulgar y el índice abiertos por las sienes.

—Por partes, Britt. ¿Qué es este recorte?

—Buscaba en los periódicos noticias de un hombre que esta mañana, a las siete y un minuto, recibió un balazo de mucha suerte en el muslo derecho. Vi esta foto, que corresponde a Reginald.

Kent Farrar resbaló hasta hundirse en el sillón. Su índice y pulgar presionaron sobre sus párpados cerrados.

—¿También tú, Brutus? A partir de este mediodía en el piso de Melba Cortez, navego entre brumas. Y tú me echas toneladas de algodón...

—¿Melba Cortez? ¿La sensación de Broadway? ¿Ya sabes que tiene pena de muerte el que la ronde?

—Por favor, por favor, compadre. Volvamos al recorte este. ¿Dónde leíste que le pegaron un tiro a Neil Harlan?

—Aquí.

Miró Farrar los billetes que señalaba sobre la mesa Milton.

Volvió a presionarse los globos oculares...

—Te lo suplico de rodillas, Britt Milton. Pase que Melba me hable misteriosamente, que Rolf Larson me escrute, penetre y aquilate, que Derek Rogers me haga asistir a una exhibición de tiro con silenciador, pero tú eres mi amigo, ¿no? La única persona de quien puedo esperar que hable claro, sin jeroglíficos ni adivinanzas. Te pregunto cómo sabes que al hombre de la foto, le soltaron un tiro.

—Porque se lo solté yo.

Kent Farrar, levantándose, se aproximó a la bombona de agua. Bebió, y estrujando el vaso parafinado, dijo lentamente:

—El barómetro señala altas presiones a la sombra, Britt Milton. La psicosis de guerra a veces reaparece de pronto. ¿Te encuentras bien?

—Boyante, y con la lancha en perspectiva. Esto son dos mil dólares, ¿sí o no?

—¡Sí! ¿Quién es Reginald?

—Prometí guardar el secreto, pero como Zsa-Zsa me engañó miserablemente, contándome una romántica historieta, puedo hablar.

Kent Farrar juntó las manos, e imploró:

—Habla, mi vida, habla. Por orden cronológico.

—A las dos de la madrugada, me acerqué al coche de Melba... Sí, de Melba Cortez. La conocí hace tres noches. Iba sola, y le disparó a un pichón, me sonreí, y entablamos un «flirt». Me dijo que yo le parecía un leopardo famélico.

El sonido que Farrar emitió tenía remembranzas selváticas.

—Estamos tratando de relacionar los dos mil y la foto esta, Britt.

—Bueno, el caso es que le dije a Melba que sabiendo que Rolf Larson quería casarse con ella, yo no quería servir de pichón. Me llamó cobarde y contesté que podía ser que no la quisiera lo bastante. Se marchó deseándome una muerte lenta a manos de Larson.

Kent Farrar se dio una palmada en la frente exclamando:

—¡Ojos grises, frigos, leopardos...!

—El barómetro señala altas presiones, Kent.

—Melba te aludía al citar su odio por Adán. Bueno, sigue. Estábamos cuando Melba se marchó.

Britt Milton explicó detalladamente su entrevista en el «Bentley», y su actuación en las proximidades de Canaris Terminal.

Kent Farrar miraba al techo, fruncido el entrecejo.

Britt Milton añadió:

—Está claro, que la ambulancia era el segundo truco de Zsa-Zsa. Dos comparsas suyos preparan para recoger a Harlan, apenas cayera. Me pagó de mil, porque estaba convencida que no fallaría. Y que luego me callaría, ya que ante la policía, me costaría trabajito demostrar que me tragué la píldora de la historieta sentimental.

Kent Farrar se puso en pie.

—Vamos a cenar, Britt. Y te lo suplico, mentalmente arrodillado. Silenció, hasta que me salgan los grillos que tengo en la sesera.

Recogiendo billetes y recorte, Milton siguió a su amigo. Guardó silencio hasta que abandonaron el automático. Le cogió por el brazo Farrar murmurando:

—Eres el hombre ideal, compadre.

—Esto me dijo anoche Zsa-Zsa.

—Llevaba plástico o un estucado cubriendo sus facciones, dejando

libres los labios. Y hay cristales que se colocan bajo los párpados, para cambiarse el color de las pupilas. Pero era un «Bentley», limousine, y si te sentases junto al volante, identificarías el coche, ¿no?

—Claro.

—Queda para mañana. Ahora vamos al «Diamond's Horse».

—¿Qué pasa allí?

—Es donde cogerás un teléfono. Está frente al 3.118 de Jamaica Line. Llamarás a Melba Cortez. Estás arrepentido de tu grosería de anoche. Te comes crudo a Rolf Larson si se atreve a rechistar. Anoche le hablaste a ella con rudeza, porque no tenías un níquel.

—Le hablé como lo hice, porque el detective del Trust me advirtió que Larson era el que, entre bastidores, quería para sí a Melba.

—Melba aborrece a Larson, y además este mediodía trataba de ahogar con licor, los sollozos íntimos que le produce ver hielo en tus pupilas. Escucha, Britt, yo estoy sobre una pista soberbia, que me facilitó Melba, al indicarme que indagase sobre Neil Harlan y Betty Arlen. En algún punto que por ahora ignoro, coinciden tu Zsa-Zsa y Larson. Tú puedes obtener de Melba más informes. Si damos con Betty Arlen, podemos hacernos con una fortuna. No la he hallado en ningún censo ni listín de este año. Pero ella es la clave.

—La clave, ¿de qué?

—Betty Arlen estuvo casada con Neil Harlan, y se divorció cuando este pasó a cumplir condena en Newark, confidencialmente, reiteraba su intención de buscar a Betty apenas saliera, porque deseaba volver a hacerla su esposa.

—Por lo tanto, Betty no es la enmascarada que anoche...

Cogiendo del brazo a Farrar, dobló Milton la esquina de Alabama-Jamaica. Señaló el escaparate de un *drugstore:*

—Despista, pero mira por el espejo. Hay un «Chevrolet», dos plazas, gris, que nos viene siguiendo desde que salimos del automático. Conduce una mujer. Una rubia. Espléndida, rolliza, blanquísima... Viste de negro y lleva una especie de chal sobre los hombros. Las luces del tráfico la han obligado a parar; hasta ahora iba a poca marcha, arrimando su dos plazas a la acera.

Mirando por el espejo, dijo Kent Farrar:

—Es curioso. ¿Por qué nos espiará Georgia? Dedícate a lo que te he dicho. Averigua lo que sabe Melba. Nos reuniremos en el «Diamond's Horse». Si a las once no estoy allí, reunión en mi despacho.

El «Chevrolet», virando la esquina, fue a detenerse en el estacionamiento permitido. Una mujer opulenta de líneas, pero estrecha de cintura, terso rostro y dorado cabello en abanico sobre los hombros, descendió.

Eran esbeltas sus piernas, y los zapatos de tisú plateado, daban mayor realce a su estatura. El vestido de noche demostraba que su tipo escandinavo era sólido, sin blanduras.

Kent Farrar, girando sobre sus tacones, silbó admirado.

—Beso tus pies, señorita Baxter. Permíteme presentarte a Britt Milton. Ya te hablé de él. ¿Lo recuerdas? El mejor tirador de Corea. Aquí la tienes, Britt. Mi jefa.

—¿Cómo está usted? —saludó ella, con tono suave—. He estado siguiéndote, Kent, porque quisiera hablar en privado contigo. Han ocurrido cosas de extrema gravedad.

—A mi modo de ver, celebro estos graves acontecimientos que te sientan muy bien. Hasta luego, Britt.

—Buenas noches, señorita Baxter.

Britt Milton vio a su amigo instalándose al volante. No pudo oír lo que decía Georgia Baxter apenas se sentaba:

—A las ocho y minutos, un policía de ronda por el Forrester Park ha encontrado el cadáver de Arthur Cabot. Me ha telefoneado Clive Cabot invitándome a ir contigo a su casa. Está allí la policía. ¿A dónde ibas, Kent?

—Paseando, cómo pudiste observar. ¿Qué teoría sustenta Clive Cabot?

—Ninguna.

—¿Y tú?

Georgia Baxter elevó los nacarados hombros. Y fue Kent Farrar el que suspiró.

Porque entre la bruma de aquel día, era una tangible realidad la espléndida hermosura de la señorita Georgia Baxter.

CAPÍTULO VI

Melba Cortez había solicitado que actuara la sustituta. El médico de la compañía teatral había redactado su diagnóstico, aduciendo hemicránea y depresión nerviosa.

Tendió ella la mano lánguidamente cuando campanilleó el teléfono sobre la mesita de noche.

Y perdió toda languidez al oír:

—... Tengo que hablar contigo, Melba. Es preciso que me oigas.

Había ella reconocido perfectamente la voz metálica, pero contestó:

—... Le oigo perfectamente. ¿Quién es usted?

—... Britt Milton. Estoy en el «Diamond's Horse». Y yo creo que tú no eres una frívola muchacha que te niegues a escucharme, ya que estoy dispuesto a ser rabiosamente sincero.

—¿Cómo anoche?

Deseo verle.

Puede enterarse Rolf. Tiene asalariados al conserje y al detective.

—... Si a ti no te perjudica, a mí me tiene sin cuidado. Ya pasó el tiempo de los señores feudales. Quiero aclarar varias cosas.

—... Tercer piso, departamento 18.

Apenas colgó, saltó ella de la cama para irse a contemplar al espejo. Y mudó rápidamente su pijama, por un sencillo vestido. Sin maquillar, con sandalias de tacón bajo y recogido en rodete el cabello flamígero, tenía aspecto de colegiala, decidió satisfecha.

Y abrió la puerta bien decidida a demostrar que no perdonaba las ofensas. Britt Milton, avanzando, opinó convencido:

—Con un delantal de esos de cuadritos, quedarías del todo casera. Pero este departamento es demasiado caro.

—Puedo pagarlo sin ayuda de nadie. ¿A qué has venido?

Sentándose, extendió Milton las piernas:

—Estoy metido en un embrollo mayúsculo. Pero empezaré por el principio. Anoche fui sincero al decirte que tal vez no te quería lo suficiente para exponerme a que la escuadra de Larson, la tomase conmigo. Pero también existía otro motivo. Anoche no tenía un níquel. Y además, tú estás acostumbrada a lujos.

—Muy interesante —comentó ella, fingiendo reprimir un bostezo, y continuando en pie—. ¿Qué más?

—He estado pensando en ti. Me diste la impresión de estar muy sola, y no haber nacido para sensación de revista. Ahora mismo,

viéndote así, quedo más convencido de que no eres la buscadora de oro que patalea por Broadway.

—Dijiste que estás metido en un embrollo.

—Hablemos de ti primero. ¿Quieres a Rolf Larson?

—No, y se lo he repetido muchas veces, pero él dice que la fruta ácida madura lentamente, y considera casi un honor demostrar que puede esperar a que yo me case con él.

—Uno fuera, ¿quién más hay?

—Arthur Cabot, que entrará en posesión de un cuarto de millón, dentro de dos meses. Hice lo imposible por enamorarlo, y me alegra mucho que en los salones de juego de Rolf Larson, haya ido firmando pagares por mucha cantidad. ¡Y ojalá pueda arruinarse pronto!

Las lindas facciones tuvieron por unos instantes una expresión de intenso odio. Britt Milton murmuró asombrado:

—¿Por qué quieres que se arruine?

—Es mi secreto. Y por lo tanto, como puedes comprender, te has equivocado al creerte que no soy una buscadora de oro.

—Te desmientes tú misma, llamita. Si buscases oro, te sería más fácil obtenerlo casándote con Arthur Cabot o con Rolf Larson. Ya me dirás tu secreto cuando lo creas oportuno. Ahora, dime si te conformarías con esperar a que yo hiciese algún dinero para adquirir una lancha y una casita.

—¿Una lancha y una casita? —fingió ella asombrarse.

—Con una lancha que vale dos mil, y quinientos para la licencia, en este próximo invierno transportando mercancías por los Rivers, haría dinero. Has de pensarlo. Yo tengo el convencimiento de que podemos unir nuestras dos soledades. Me diste el flechazo visual, pero después de que anoche te fuiste, me empezó a repicar algo aquí dentro. Y por fin, ahora al verte... tú dirás. Será presunción, pero me parece que fue amor el que nos unió apenas nos vimos. Tú dirás.

—Yo digo...

Britt Milton, en pie, volvió a cerrar los brazos. Ella hundió el rostro entre las solapas, y susurro:

—¿De qué color los cuadros del delantal, Britt?

—Arco iris semanal —concretó Milton, antes de besar.

Al desprenderse, preguntó ella, sentándose en el diván:

—¿Cuál es tu embrollo, Britt?

—Es largo de contar, pero acabo de verme con Kent Farrar.

—¿El detective que estuvo aquí este mediodía?

—Es mi amigo, y dice que el hombre al cual yo le pegué un tiro esta mañana, es Neil Harland. Y que si encontramos a Betty Arlen, podemos ganar dinero. Como me hace falta para la lancha y la casa, y él

y yo no tenemos secretos...

—¿Has matado a Neil Harlan?

—No. Solo una herida leve para que no pudiera andar. Escucha, ayer noche, apenas te fuiste, me llamó una mujer desde su coche, que aparcaba luces apagadas a poca distancia.

El timbre de la puerta emitió su zumbido. Gruñó Milton, levantándose:

—Va siendo hora de que este jefe de pandilla, sepa que ya no estás sola.

Arreciaron los timbrazos, acompañados por impacientes toques de nudillos.

Junto a Milton, murmuró ella:

—Es preferible que yo primero hable con... Britt Milton abrió.

Dos individuos entraron autoritarios con calmosa lentitud. Uno, vestido de azul sedoso, tenía unos ojos densamente penetrantes, crueles.

El otro, huesudo, de ancha mandíbula y gruesa nariz, curvó la palma de la mano en torno a una insignia.

—Teniente Detective Douglas. Me acompaña el sargento Kelly.

El sargento Kelly parecía buscar cuerpos del delito hasta en los cuadros. El teniente Douglas ocultaba los irritados párpados tras gafas obscuras. Y añadió:

—Usted es Melba Cortez. ¿Puede saberse quién es este hombre?

—Britt Milton, mi novio.

—¿El tercer candidato, entonces? —ironizó Kelly.

Hablaba torciendo la boca. Le resultó instantáneamente antipático a Milton, que dijo secamente:

—El artículo doce del reglamento especifica que los agentes al servicio de la Ley, serán bien educados, aunque les cueste un esfuerzo. Y para entrar en un domicilio necesitan estar provistos de mandamiento. Por último, su ironía es cuartelera, sargento, Kelly.

El teniente Douglas adelantó los labios, emitiendo un ruido semejante a la espuma brotando a chorros de un frasco.

Curt Kelly miró repentinamente a Milton, como si le tomara medidas para encajarle en un ataúd.

—Ese artículo doce se lo ha inventado usted. Milton. Pero ráscate si te pica, Kelly. Mientras no se demuestre lo contrario, todo ciudadano, cualquiera sea su sexo, está protegido por la Ley. Deseo fervientemente que no exista un solo miligramo de irregularidad en usted, Milton, porque en otro caso, el sargento Kelly demostraría que si es rudo, lo hace para proteger a los demás ciudadanos. ¿Puede decirnos si conoce a Arthur Cabot, señorita?

Melba Cortez sentada, asintió en silencio.

Curt Kelly apartó la cortina, adelantando el busto. Aumentó la antipatía que le inspiraba a Milton.

—Tenemos entendido que Cabot visita con frecuencia este piso.

—Casi todos los mediodías, viene a buscarme para ir a almorzar en la piscina del Yale Club.

—Según parece, desea casarse con usted.

—Pero yo no pienso casarme con Arthur.

Curt Kelly, examinando la licorera, torció la boca:

—Tiene tres en el retortero.

Britt Milton, cerrando los puños, manifestó:

—¡Qué lástima que sea usted policía, caramba!

—¿Verdad que sí? —sonrió el teniente Douglas—. Sí, es una lástima, porque atrapando asesinos, Kelly es un hacha. Tenemos entendido que Rolf Larson siente una gran atracción hacia usted. Y ya que está presente el tercer candidato, procuremos poner en fila india, por orden, sus tres aspirantes, señorita Cortez. ¿Soy correcto, Milton? ¿Le resulta desagradable este tema?

—Larson y Cabot tuvieron su oportunidad de convencer a Melba. Yo he ganado. Eso es todo.

—Ha ganado, dice —intervino Kelly, inclinándose para arañar la urdimbre de la alfombra—. Siempre en el terreno del artículo doce, Milton: ¿Dónde estaba usted de siete y media a ocho menos cuarto, esta noche?

—No conteste —sonrió Douglas—. Este Kelly le saca punta a un poste. Seguro que usted sería muy amigo de Cabot, ¿no, Milton?

—Ni le conozco siquiera. Y desde las siete hasta cerca de las ocho y cuarto, estuve en el despacho 7 N, galería primera, número 78, de la calle Dyker.

El teniente Douglas, quitándose las gafas se frotó los párpados con el nudillo del pulgar. Curt Kelly, tomando nota en su bloc, dijo:

—No es por llamarle embustero, Milton, si pregunto quién atestigua que se hallaba usted donde pretende.

—Solo yo lo atestiguo. Estaba allí esperando a un amigo.

—¿Qué tal se llevan Larson y Cabot? —indagó Douglas.

—Amistosamente, puesto que a ninguno de los dos le prometí... —se interrumpió ella para exclamar—: ¿A qué viene todo esto, señores?

—Pregunta que los seres inocentes y sin la menor trastienda, lanzan apenas nos ven, ¿verdad, mi teniente? Buen síntoma que demuestra que ninguno de los dos es completamente ajeno al percance, orígenes, y móviles; ¿o voy despistado, mi teniente?

Ajustándose las gafas, Douglas opinó:

—Es la simple y aburrida rutina de las primeras indagaciones, señorita Cortez. Pero como cayó un pez gordo, y pudiera ser que cayera otro pez gordo, estamos muy ansiosos Kelly y yo. En verano, cuando sopla viento de bochorno, se enciende la sangre. No se puede figurar la cantidad de arrechuchos pasionales que acometen a gente pacífica, señorita Cortez. Y no creo que Rolf Larson sea pacífico, en ninguna estación del año. ¿Cuál es su profesión, Milton?

—Tiro a la carrera, en Corea, y tiro al pichón de medianoche a dos de la madrugada en Coney.

—Altamente sospechoso, ¿no, Kelly? —sonrió Douglas—. Demasiado tal vez. Porque si le molestase un aspirante millonario, en un arrechucho de celos, en pleno bochorno agosteño, no le temblaría el pulso al tercer candidato. Lástima que no tenga una coartada firme, Milton. Me apuesto la paga de octubre, a que Rolf Larson dispone de magníficas coartadas para él y sus muchachos. ¿Dónde dijo que estaba a las siete y media? Usted, Milton.

—«Calle Dyker, 78, primera galería, despacho 7 N». —leyó Kelly.

—Me suena esta dirección, ¿verdad, Kelly? Bien, ya hemos abusado excesivamente de su amabilidad, señorita Cortez. Es posible que suceda lo que siempre sucede en casos semejantes. Se remueven intimidades, salen a relucir secretitos, y créame si le aseguro que la práctica demuestra que contarnos la verdad, facilita las cosas. Usted pudo ser él móvil, señorita Cortez, pero nadie castigó a Eva por haberle tendido la manzana a nuestro primer padre. ¿Dónde se aloja de costumbre, Milton?

—Es una cabina de los Tiros al Pichón, en Coney. Allí duermo.

—Es viajero el chico de Corea —gangueó por la comisura de los labios Curt Kelly—. Al crepúsculo por la calle Dyker, a la nochecita aquí, y a dormir en Coney. ¿Tiene despacho en la calle Dyker?

—Ya dije que esperaba allí a un amigo.

—¿Es indiscreción saber quién es su amigo ese?

—Kent Farrar.

—Vámonos, Kelly. Aún tenemos que gastar mucha suela y saliva. Si saben de algo que nos pueda ser útil para salir de dudas por lo que se refiere al joven Cabot, ahora es el momento.

Mantuvo Kelly la puerta abierta, y Douglas antes de salir, dijo sin volverse:

—Nos habíamos olvidado de una trivialidad. Ya solo le quedan dos pretendientes, señorita Cortez. Porque una bala calibre 32 acabó con Arthur Cabot entre los mirtos del Forrest Park, esta misma tarde entre siete y ocho.

Britt Milton avanzó hacia la puerta:

—Por si sirve, he sido testigo de algo relacionado con Cabot.

Dio Douglas media vuelta, y alisó Kelly una hoja del bloc.

—Este mediodía, esperando a mi amigo Farrar en su despacho, se presentaron dos sujetos que me confundieron con Farrar. Iban a decirle que abandonase lo que le había encomendado el viejo Cabot. Se llamaban entre sí Buddy y Johnny. Este al irse, dijo que si volvía a visitar a Farrar sería para cargárselo.

Douglas miró a Kelly que, trazando al último sigilo taquigráfico, comentó:

—Esto parece coincidir con lo explicado por Rogers, teniente.

Él teniente Douglas apuntó un índice acusador hacia Milton.

—Cuando los ciudadanos reciben visitas de esta clase, es su obligación avisar a la policía.

—Kent Farrar ejerce como detective, y… —empezó a decir Milton.

Atajó Kelly, blandiendo su bloc:

—Va bien, guerrero. Espero que el mutuo disgusto de habernos conocido no tendrá una segunda parte.

Salió el teniente Douglas, y cerró Kelly desde fuera atrayendo la puerta sin suavidad.

En el diván, Melba Cortez sé masajeaba las sienes con las yemas.

Sentándose a su lado, comentó Milton:

—Rolf Larson se verá complicado en esta muerte.

—Rolf Larson no tenía el menor interés en que muriera Arthur, sino todo lo contrario.

—Pudo creerse que tú te casarías con Arthur.

—Le constaba que no, y además posee muchos pagarés firmados por Arthur. Pérdidas de juego y préstamos. En fin, lo siento por Arthur…

—Antes declaraste que le odiabas y deseabas arruinarlo…

Ella, cerrando los ojos pareció alejarse en el tiempo, y habló con tono apagado, melancólico:

—Antes de ser una de las atracciones de Broadway, fui una muchacha que vivía sin preocupaciones, Un hogar, un padre trabajando y ahorrando para tener su casa en el campo, y una madre que soñaba con que su yerno fuese por el estilo de papá. Una compañía anunciaba en los periódicos la solidez de una especulación sobre terrenos. El señor Parker invirtió todos sus ahorros y contrajo deudas, comprando acciones de aquella compañía: Todo era legal. También fue legal la quiebra de la compañía. Y el señor Parker, al verse arruinado y con deudas, sufrió un instante de depresión. Se arrojó desde la ventana de un noveno piso. El señor Parker era mi padre. Yo he adoptado el apellido materno. La compañía que arruinó a mi padre como a tantos

otros desgraciados, fue una de las tantas que fundaron Clive y Arthur Cabot. ¿Comprendes ahora por qué quise arruinar a Arthur? Bebía mucho, y yo no se lo impedía, sino todo lo contrario, y le llevaba a los clubs de juego de Larson. Vengándome por partida doble, ya que Arthur es hijastro de Clive, y este no tiene fortuna propia. Sé que ha especulado con el capital que heredó Arthur de su madre, y yo ponía todo mi afán en arruinar a Arthur, para con ello vengarme de ellos dos. Ahora... quiero olvidar todo esto. Solo me preocupa lo que te preocupa, Britt. Cuéntame lo que se refiere a Neil Harlan.

Britt Milton empezó por segunda vez a narrar detalladamente las razones por las que a las siete de aquella mañana había colocado a Neil Harlan en situación de ser recogido por una misteriosa ambulancia.

CAPÍTULO VII

Apenas los dos hombres entraron en el ascensor, el uniformado portero del club nocturno, perdió rigidez y adquirió una gran flexibilidad abalanzándose al teléfono particular, para llamar a Stan Foster.

—... Comunica a Larson que están subiendo el teniente Douglas y el perro Kelly. Me han preguntado si estaba el jefe. Acelera.

Colgando regresó a su majestuosa impavidez bajo el toldo de entrada. Era un empleado con gran sueldo, que conservaría empleo y sueldo, mientras Rolf Larson administrara aquel club nocturno.

Stan Foster, jefe de personal, retransmitió el aviso por otro teléfono antes de abrir personalmente el acceso a la antesala del piso que era el domicilio particular de Rolf Larson.

El teniente Douglas, sosteniendo con la zurda sus gafas, se frotó los irritados párpados, mientras atravesaba la antesala. Curt Kelly midió lentamente a Stan Foster.

—Supongo que ya estará avisado tu patrón, ¿no, Empanada?

Stan Foster encogió los hombros, fingiendo inocente impasibilidad. Pero ambas características le resultaban imposibles. Su rostro terroso y picado de viruelas, le había valida el apodo. Él y Butch Regan constaban como los dos principales hombres de confianza de Rolf Larson.

Y este era el resquemor de Curt, que lo manifestó de nuevo:

—Es un escarnio que la carnaza de patíbulo como tú y Butch Regan os vayáis esquivando a vuestro destino, gracias a las malas artes en que vuestro inteligente patrón emplea su maldita inteligencia.

El teniente Douglas, al ajustarse las gafas, sintió mayor irritación en sus cuencas oculares, viendo la amable sonrisa de Rolf Larson que impecable en su «smoking», hizo un gesto vago señalando el confortable despacho-biblioteca-bar.

—Está usted en su casa, teniente. Me ha sido notificado que preguntó por mí. ¿En qué puedo servirle?

—En lo único que nos apasiona, no compartas nuestra pasión. Rolf —aseguró Kelly, entrando—. ¿Cuántas veces se lo he jurado, teniente? El día en que pillemos en un renuncio a este Maquiavelo de Rolf, haré lo que nunca he hecho.

—¿Aprender buenos modales, Kelly? —sonrió Larson, brillantes los ojos.

Bufó Douglas en su especial risa y Kelly declaró reverentemente:

—Entregarle mi paga de Navidad al limosnero de San Patricio.

—¿Qué sabes de Arthur Cabot, Rolf? —inquirió Douglas.

—Un buen cliente.

—Acabamos de visitar a tu esquiva beldad. Debe de ser un tormento que la chica se resista a tu guapura y a tu cochina riqueza —atacó Kelly.

—Al grano, Rolf. ¿Conoces a un tipo llamado Johnny Chalmers?

—Lo tuve de guardasala algún tiempo. Lo eché por incorrecto. Confundía mi negocio con una timba portuaria. No me aprecia.

El teniente Douglas empleó también el amable tono de Rolf Larson:

—No llevamos orden alguna para que nos acompañes, Rolf, pero yo particularmente te lo ruego. Quiero que oigas hablar a un muerto.

Rolf Larson ladeó la cabeza y entornó un párpado. Dijo por fin:

—Una experiencia macabra, teniente. ¿Quién es el muerto?

—Arthur Cabot.

Contrajo Larson los músculos faciales. Parecía sincera su íntima cólera. Para Curt Kelly significaba que el «gangster» inapresable, se sentía furioso por la torpeza de alguno de sus empleados. Dijo:

—Todo señala a Buddy Elliot y Johnny Chalmers como ejecutores de la orden de liquidar a Arthur. El móvil está claro. Ya lo dijo Arthur Cabot.

—¿Vienes, Rolf? —invitó el teniente Douglas.

Poco después, Curt Kelly se instaló junto al policía del volante. Atrás, Rolf Larson hizo lo mismo que Douglas. Guardar silencio.

El recorrido duró diez largos minutos, hasta que el coche aparcó en los jardines de una mansión en Seneca Avenue, una de las arterias residenciales de Queens.

Había otros dos coches. El «Bentley», propiedad de Clive Cabot, y un «Buick» con el escudo de la Brigada Criminal a cuyo frente estaba Douglas.

—Puede que el recibimiento del viejo Cabot no sea cordial, Rolf —advirtió Douglas, mientras atravesaban el ancho vestíbulo—. Habrás de excusarlo, pero como todavía como quien dice, está caliente el cuerpo de su amado retoño...

Curt Kelly se abalanzó a tiempo y el disparo taladró el techo.

Chasqueó la lengua, disgustado, mientras cesaba en su forcejeo Clive Cabot, que permaneció respirando ansiosamente en el umbral del salón:

—Pudo dispararle desde la ventana al verle Regar, Cabot —recriminó—. Pero no intentarlo delante de nuestras narices, porque

desgraciadamente antes que mi particular satisfacción, está mi profesional acatamiento de las ordenanzas.

—Vuelva a sus habitaciones del piso alto —ordenó Douglas.

Clive Cabot miraba con odio a Rolf Larson, mientras Kelly, recogiendo del suelo la automática cuyo disparo había desviado, seguía lamentando que sus reflejos fueran provisionalmente respetuosos con la Ley.

Rolf Larson entro en el despacho que indicaba Douglas. Había un policía tomando fotografías de un libro. Hoja por hoja.

—Es el diario de Arthur Cabot —explicó Douglas—. Tomaba pocas notas, pero hay dos sumamente interesantes. La primera nota a que me refiero, la leerá Kelly, Vuelva cuando nos vayamos, Ferguson.

Salió el fotógrafo, y Kelly acabó de ajustarse el guante en la diestra. Fue empujando hojas con el pulgar, y leyó:

> «Ayer noche, Rolf Larson me infundió pánico. Comprendí que no fanfarroneaba cuando dijo que si persistía en salir con Melba, me encontrarían acribillado cualquier día».

—Fechado hace dos semanas, Rolf —expuso Douglas—. Y es la letra del joven Cabot. Tu abogado podrá elegir al perito que quiera. Es puño y letra del difunto Arthur.

Rolf Larson, sentado en el brazal de un sillón, cruzó los brazos.

—La noche a que se refiera Cabot...

—A qué se refería —corrigió, secamente, Kelly.

—Cabot bebía con exceso y aquella noche estaba embriagado. Tuve que intervenir porque quería violentar a Melba. Reconozco que le hice esta advertencia.

Y con vehemencia contenida, añadió:

—No he matado ni he inducido a matar a Cabot, y pondré de mi parte todo lo que sea preciso para demostrarlo.

—Así se habla —aprobó Douglas, desdeñosamente—. Primer punto favorable, Kelly. Nuestro querido Rolf admite que amenazó con acribillar a Cabot si no dejaba en paz a Melba. Hace dos semanas. Y durante estas dos semanas, siguió el joven Cabot saliendo con Melba. Lee la segunda nota de puño y letra del difunto, Kelly.

El sargento había ya empujado con el pulgar enguantado, y apoyándolo sobre la hoja, indicó:

—Fechada de anteayer, Larson. Y dice; «Dos individuos con trazas de asesinos a sueldo, han estado rondándome todo el día. El flaco, de barbilla triangular, me dijo llamarse Johnny Chalmers, y me aseguró que él y Buddy, su acompañante, uno pequeño con rostro redondo,

estaban ansiosos por cobrar la prima que les había ofrecido Rolf Larson. Y que si seguía pretendiendo casarme con Melba, la cobrarían. Tuve que estarme quieto, porque el llamado Buddy, esgrimía una automática».

Curt Kelly manteniendo el pulgar enguantado sobre la hoja, añadió:

—Puedes verlo con tus ojos bonitos, Larson. No es truco preparado por nosotros. Conocerás la letra de Arthur Cabot, ¿no?

Rolf Larson, acercándose, comprobó leyéndolo, que aquello lo había escrito Arthur Cabot. Dijo:

—Por mi madre, lo juro. Mintió Johnny Chalmers al decir que yo...

—¿Qué pasa, Ferguson? —preguntó Douglas.

—Dos de la agencia «Coronel Baxter». Los convocó por teléfono Cabot, al usted indicársele antes de irse, teniente. Están en la sala.

—Vamos allá, Rolf.

Rolf Larson había perdido todo su aplomo. No hacía falta que mirase a Curt Kelly. Oía el tintineo de las esposas con las que, en su bolsillo, jugueteaba con sádica fruición el sargento Kelly.

En la sala, Patrick Douglas contempló con evidente agrado a Georgia Baxter sentada. Después echó un vistazo rápido a Kent Farrar.

Curt Kelly se colocó tras el sillón en que se sentó Rolf Larson.

—En líneas generales ya nos explicó Clive Cabot, que su chofer y secretario Derek Rogers, le había recomendado como honorables los servicios de su agencia, señorita Baxter. Y que usted llamó a Kent Farrar para encomendarle una misión. Sea breve, Farrar.

—El señor Cabot me prometió una recompensa si yo lograba apartar a su hijo de Melba Cortez. Fui al departamento de esta, y estaba tratando de convencerla, cuando apareció Arthur Cabot, que sin previo gesto que me permitiera prevenirme, me golpeó. Un «K.O.» rotundo. Fui recobrando el sentido. Habíase ido Cabot, y estaban Butch Regan a mi espalda y Larson delante. Este me dijo que me apartase si quería disfrutar de buena salud. Por otro conducto, y según me ha dicho hace poco mi amigo Milton, este mediodía en mi despacho, irrumpieron dos tipos para aconsejarme lo mismo. Los dos tipos que han matado a Cabot.

Con la diestra abierta hizo Douglas un gesto como recomendando lentitud.

Curt Kelly tocó en la cabeza a Rolf Larson:

—Responde, hombre. ¿Miente también Farrar? ¿Hay epidemia de conjura y conspiración contra tu virtud, Larson?

Rolf Larson, mordiéndose el pulgar lo soltó, y pareció que el índice disparaba contra el teniente Douglas:

—Admítame inteligencia, Douglas. ¿Iba yo a pasar a un asesino como Johnny Chalmers, que me odiaba, para... liquidar a un hombre que me debía un montón de dinero?

—Está hablando el detective de una agencia honorable, Rolf. Siga, Farrar.

Kent Farrar paseó entre los sillones, como un conferenciante: Manos atrás y cabizbajo, como leyendo en la alfombra:

—A las siete y media, al disponerme a subir a mi despacho, me llamó el chofer y secretario de Clive Cabot. Su patrón quería verme, para orientarme. Estaba indignado porque con mi proposición directa a Melba, Arthur se había mostrado más terco aún en su enamoramiento. Subí al coche y aparcamos en Forrest Park, donde al igual que todas las noches, el «Bentley» esperaba diez minutos a Arthur Cabot. Bajé del coche, y entonces salieron de entre los mirtos, Buddy y Johnny. Por suerte, disparó a tiempo Derek Rogers, o nos hubiesen liquidado. Venían dispuestos a hacerlo. He pensado en ello. No fue porque me confundieran con Arthur, sino que al verme bajar, creyeron que estaban descubiertos, pues acababan de liquidar al joven Cabot. Recogimos a los dos, y Rogers los llevó al Precinto Sexto. No le acompañé, ya que en su condición de ex policía, Derek Rogers se bastaba para declarar lo ocurrido, y yo estaba dispuesto a dar mi testimonio tan pronto fuese requerido. Y resumiendo, está clarísimo: por no querer comprometer a ninguno de sus dos habituales asesinos Rolf Larson contrató...

Rolf Larson saltó hacia delante, y lo permitió Kelly.

Pero Kent Farrar esperaba su desquite de no haber podido saciar su sed aquel mediodía.

Le complació que su declaración hubiese hecho perder los estribos a Rolf Larson.

Se inclinó alzando una mano y proyectando un directo, antes de encajar el hombre.

Rolf Larson no conectó su puñetazo; se encogió al recibir el directo al hígado y salió volteado al apalancarlo con el hombro Farrar.

Lo retuvo el detective con dos manos en torno a la muñeca, y alzando un pie, mantuvo el tacón en el aire, resollando:

—Con gusto te aplastaría la nuez, para que supieras lo que es sentir la garganta seca, Larson. Pero hay testigos de peso. Todo suyo, sargento.

Curt Kelly ya estaba inclinado, pasando un aro de acero por la muñeca de Larson. Atrajo hacia arriba con brusquedad.

—Vamos a mi madriguera, Larson —dijo, más torcida que nunca la boca—. Disfrutaremos de nuestra mutua compañía unas horas antes

que llegue tu abogado. Firme por triplicado lo que acaba de exponer, Farrar.

—Esta jugada ha sido torpe, Rolf —opinó, cariñosamente, Douglas—. Me has defraudado. Pensabas pagar con plomo a la pareja, pero se te anticipó Derek Rogers. No empujes tan brutalmente, Kelly. Al menos... ante una señorita.

Y con viril delectación, añadió Douglas, apenas hubo abandonado el salón a empujones el esposado Larson:

—Hay misterios que nunca podré solucionar. Y uno es este, señorita Baxter: ¿cómo es que sigue soltera siendo un monumento de mujer? Mande el triplicado antes que madrugue el abogado, Farrar. Buenas noches.

Les acompañó hasta el jardín.

Condujo Farrar el dos plazas en silencio, hasta que lo detuvo en el extremo norte del extenso parque Forrest.

Y esquinándose acodado al volante, apoyó el mentón en el hueco de la diestra para decir con embeleso:

—Un misterio que hemos de aclarar juntos, Georgia, monumento de mujer. Somos solteros. ¿Crees en el flechazo?

Pestañeando, susurró ella:

—El flechazo solo se presenta entre dos personas que se ven por vez primera.

—Es que así, tan suculentamente femenina, solo te había soñado, Georgia. Y tan femenina que comprendo que mi enojo al oírte hablar como un barrendero, era puro amor acumulado a flechas constantes. La agencia llevada por mí, sería un éxito. Lo preferiría a tripular lancha con Britt. Decide pronto, Georgia... Mañana pensaba abandonar tu agencia, para unir mi soltería con la de Britt, y refrescarnos en los Rivers...

Georgia Baxter abandonó su cintura y su boca. Ambas eran dúctiles... Solo respingó cuando en su oído, en vez de las apasionadas palabras que hasta entonces fluían de labios de su preferido detective, dijo este:

—Y nuestra agencia se va a calzar el gran éxito, cuando demuestre yo que no ha sido Rolf Larson el que alquiló los dos asesinos a sueldo. Ni fueron estos los que mataron a Arthur Cabot. No hables, amor mío... Déjame gustar de nuevo el anticipo de las mieles de nuestra perfecta unión. Mando yo, tu esclavo. Mando yo...

Georgia Baxter, dilatados los ojos por la primera sorpresa, pestañeó sumisamente. Como mujer se rendía la dueña de la agencia, ya con un solo mando.

CAPÍTULO VIII

Mostrando a Melba los dos mil dólares, epilogó Milton:

—Es evidente que lo que yo tomé por magnífica recompensa de una millonaria enamorada, ha sido un engatusamiento, que puede costarme caro, si el sargento Kelly llega a saber que fui yo el que entregó a Neil Harlan a manos de quienes necesitaban tenerlo inmóvil. Ha estado bien urdido. Ya que Harlan abandonaba la cárcel, pensaron que en el tren era imposible cogerlo, y menos en el trayecto desde la cárcel a la estación. Yo fui un instrumento, pero ¿de quién? Dice Kent que tú le insinuaste que indagase acerca de Harlan y de Betty Arlen.

—Betty Arlen modificó su nombre al divorciarse de Neil Harlan, cuando este ingresó en la cárcel para cumplir condena. Eran primos hermanos. Yo solo sé lo que estuve oyendo una noche, en el piso de Rolf, mientras este, Arthur y otros dos jugadores estaban en plena partida. Fui al tocador, y sin proponérmelo oí lo que hablaban Butch Regan y Stan Foster. Decía Butch que estaba a punto de abandonar New Jersey el hombre que traía preocupado a Rolf. Y que era seguro que Neil Harlan haría su primera visita de liberto a la ex esposa, Betty, que había mudado su apellido de prima hermana de Neil, por el de Arlen. Que por lo tanto, bastaba consultar los archivos periodísticos para encontrar la pista de Betty Aren. Esto es cuanto sé.

Britt Milton denegó con la cabeza, fruncido el ceño:

—No fueron ellos los que me emplearon de tirador, porque saben manejar armas. Tiene razón Kent. Hemos de encontrar a Betty Arlen. ¿No lo adivinas? Ella sabía que su ex marido vendría a verla. Sabía también que Neil Harlan tenía algún secreto que le interesaba a Larson. Y entonces ingenió el medio de poner en sitio seguro a Harlan, evitándole que lo pescaran los de Larson, apenas se acercase al domicilio de ella. Y con dos cómplices, los de la ambulancia, lo evitaron. Por eso, encarecía ella tanto que no hiriera gravemente a Harlan.

—¿Qué piensas hacer?

—A las once he de reunirme con Kent en el «Diamond's Horse», y si no está, ir a su despacho. Le repetiré lo que hablaron Regan y Foster.

En pie, expuso ella:

—Sería preferible que lo contaras todo a la policía.

—Luego —sonrió Milton—. Cuando demuestre que son cosas de Kent Farrar, un detective privado, y no de un tirador hambriento por

agarrar dos mil dólares.

A las once en punto, en el primer bar del vestíbulo del club cuya pancarta era un caballo rutilante de pedrerías romboidales, Britt Milton buscó a su amigo.

Un botones llamó:

—¡Señor Milton, Britt! ¡Señor Milton, Britt! —Yo.

—Han telefoneado para que a partir de las once le llamase, señor Milton. De parte del señor Farrar, Kent. Que vaya tan pronto pueda a esta dirección. La he apuntado con exactitud.

—Gracias —dijo Milton, recogiendo la cartulina y entregando un dólar.

Salió y tomó un taxi.

La dirección era la de una callejuela portuaria entre las dársenas de Jamaica Bay. El establecimiento, un teatro de variedades apto para marine, ría en escala.

En el ruidoso ambiente, la humareda del tabaco y el olor a alcohol, luchaban para ahuyentar el perfume barato de las veteranas artistas.

Desde un palco, Kent Farrar agitó los brazos y, orientado, Britt Milton acudió, para descorchar y beber al gollete, uno de los seis frascos de naranjada helándose en la cubeta sobre la mesa.

—Vamos a resolver primero tu asunto, Britt. ¿Qué has sacado en limpio?

—Me caso con Melba —declaró, risueño, Milton.

Kent Farrar se pasó un trocito de hielo por la nuca.

—Espléndida noticia, compañero. Tendrás así quien te visite en Sing-Sing. A menos que sepas ya quién te contrató para soltarle el plomo al pichón.

—Betty Arlen.

—¿Y dónde sacaste esta seguridad?

—Deducciones, ya que ella sabría que los de Larson estaban interesados en hacerse con Harlan antes de que llegase a casa de ella.

Kent Farrar mostró con amplio gesto el escenario, las mesas, los palcos.

—En este selecto local, ¿qué mujer puede ganar lo suficiente para viajar en una limousine «Bentley», y repartir miles de dólares? Escucha, compadre, yo he trabajado de firme cerebralmente, desde este mediodía. Por de pronto, el próximo número es Betty Arlen.

Por una esquina del escenario una mano mostró una pizarra. En ella, a yeso estaba inscrito:

«Can-Ca».
Bett Love».

Los acordeones, violín y piano atacaron los compases del french-cancán. La mujer que apareció en el escenario, encubría estragos bajo el maquillaje. Su boca era ajada y de finísimos labios.

Levantaba las piernas con torpeza.

Britt Milton murmuró:

—Es penoso.

—Perdí una hora recogiendo hilos hasta dar con el ovillo. La historia de siempre. Una corista bonita cuando se casó con Neil Harlan. Después la caída por escalones rituales: cansancio de vivir, alcohol... La dueña de este antro, le paga por compasión, para que baile un número. Betty Arlen ya no inspira ni a un negro ciego. Termina esta penosa exhibición, recoge un frasco, emparedados, medio dólar, y regresa a su pocilga. Reside en una de las cabañas de Canarsie Beach. Está embrutecida, pero desde esta madrugada, ha recobrado ilusiones. Ella misma lo ha contado a la dueña, que a su vez me tomó por uno de los dos que rondan su pocilga desde esta madrugada, y que están en la sala. Los toma por enamorados tímidos.

Britt Milton bebió otro sorbo de naranjada, antes de manifestar:

—Entonces, ¿quién diablos es Zsa?

—Vayamos por orden. Tienes licencia para empleo de «Savage» calibre nueve.

—Pero la tengo en la cabina de Coney.

Kent Farrar, bajo la mesa, tendió su «Savage». La recogió Milton.

—Vamos a operar, Britt. O sea que cautela, paso corto y ojo avizor, porque voy a jugarme el bigote. Hemos de llegar hasta la Zsa que estaba en una limousine «Bentley». No es Betty Arlen. La vigilan dos para esperar el momento que se acerque Harlan. Yo ahora seguiré a Betty. Infalible que los dos tímidos enamorados nos seguirán. Tu misión es no fallar. No intervenir a destiempo. Solo cuando sea oportuno.

* * *

Betty Arlen volvió de nuevo la cabeza. Muy halagada, porque entre la neblina que envolvía el terreno de escombros y las cabañas de Canarsie Beach, se divisaba la silueta de un seguidor.

Abrió la puerta de entrada a las dos habitaciones de que se componía la cabaña, en su mayor parte remendada exteriormente con hojalata.

Y trató de recordar los tiempos en que era atractiva, para invitar:

—Adelante, joven. Betty no es huraña con los que saben ser galantes.

Kent Farrar, entrando, se aproximó a la mesa, cuyo hule era como

el resto del mobiliario. Sucio.

—Buenas noches, Betty. Tenemos que ponernos pronto de acuerdo.

—Seguro, seguro. ¿Un traguito, pelirrojo?

Denegó Farrar, sentándose en la esquina de la mesa. Ella paladeó un medio vaso de *whisky*.

—¿No sabes qué fecha es hoy, Betty?

—Los días se suceden, y no quiero calendarios. ¿Cómo te llamas?

—Kent. ¿No te acuerdas de Neil Harlan?

Betty Arlen volvió a mirar el frasco. Kent Farrar había oído el deslizamiento de unos pies al exterior. A cada lado del umbral entreabierto.

Ella apuró otra ración. Y dijo rabiosamente:

—Neil es un canalla, Dejé de visitarlo cuando quiso hacerme creer que no tenía bien escondido su «petate». Porque pudo engañar a todo el mundo, pero a mí, no. Yo sé que en una de sus faenas, la referente al oro que un joyero se dejó en la caja de un hotel, Neil intervino y escondió todo el botín. ¿Quieres creer que nunca quiso decirme dónde lo escondió?

—Parece mentira, mujer —dijo Farrar, disponiéndose a lo que se avecinaba.

Betty Arlen quiso ser insinuante en su escorzo al aproximarse:

—No habrás venido para hablarme de Neil.

—Esta madrugada salió de entre rejas.

—Por mí que se muera, Kent. Eres de un guapo subido, Kent.

Kent Farrar retuvo por las muñecas a Betty Arlen, diciendo audiblemente:

—Me envía Neil...

Eran técnicos los dos que entraron.

Uno empujó entre los riñones del que estaba de espaldas a la puerta. Empleando una automática.

El otro empujó con ambas manos, por la garganta y la parte inferior del rostro a Betty Arlen...

Con los codos en alto, se tocó Farrar las orejas con las puntas de los dedos.

A su espalda, el que empuñaba la automática, aconsejó:

—Saldrás ganando mucho, si te quedas tranquilo.

Betty Arlen no quería quedarse tranquila. El que vestía de azul como un marinero, demostró que sabía emplear sábanas, y reducir a la inmovilidad a una mujer.

Cuando Betty Arlen quedó amordazada y atada de tobillos y muñecas en las esquinas del camastro, rezongó el marinero:

—Te has salvado, Betty, ya que tampoco a ti quiso decirte Neil

dónde escondió el oro de Upperman.

Se volvió haciendo girar entre sus manos una colcha llena de manchas. Tenía una mirada aviesa...

Tras Farrar avisó el otro asaltante:

—Siéntate con precaución, Kent, guapo, pelirrojo mío. Así me gusta.

Consintió Farrar que el hasta entonces invisible le atrajera por los codos.

Y el de enfrente, rodeó con facilidad las piernas de Farrar, apretando la retorcida colcha, que había rasgado por la mitad.

Anudó con la misma solidez los codos tras la silla, empleando el resto de la colcha.

Y Kent Farrar pensó que nunca había fallado Britt Milton en peores circunstancias.

Miró al que, yendo a sentarse sobre la mesa, enfundó la automática bajo la solapa de su sahariana de dril azul. También por el aspecto parecía un marinero.

Era menos corpulento que el técnico en ataduras, pero mayor en edad y maligna expresión.

—La cosa es sencilla, Kent Farrar. Ella no sabe dónde está Harlan, porque ni siquiera sabe en qué día estamos. Bastará con que nos digas dónde se esconde Harlan, y nos vamos. Eres fuerte, y no tardarás más de una hora en soltarte los nudos.

—Yo a ti te conozco, pero no recuerdo ahora...

Se interrumpió Farrar porque el que estaba a su espalda, acababa de aplicarle un puñetazo de aviso entre cuello y hombro.

—Creo que calentándole la planta de los pies, moverá la lengua —dijo el más maduro—. Una pequeña fogata bajo tus pies...

Kent Farrar oyó el chasquido del encendedor a sus espaldas. Dijo apresuradamente:

—Renuncio a ser mártir. Harlan vino a mi despacho, y allí le he dado refugio. Me dijo que podía ganarme unos miles, si conseguía que Betty se reuniera con él, y juntos iríamos por los lingotes. Dadme una parte...

—Yo me quedo contigo, como prueba de alianza —sonrió solo con los labios el marinero frente a él—. Tan pronto Dermis compruebe que Harlan está en la dirección que vas a darnos...

—Calle Dyker, 78, galería primera, despacho 7 N. El llavero está en mi bolsillo.

Dennis dejó de girar la ruedecilla de su encendedor, para coger el llavero indicado.

Señaló el otro la puerta:

—Dile a Harlan que ella te manda, por si puedes traerlo aquí. Si no, amárralo bien, y regresa. Harlan hablará si ve que las delicadas plantas de su amada, pueden oler a verraca quemada.

Kent Farrar cerró los ojos, contando mentalmente los segundos que el ex combatiente apostado a la escucha, tardaría en verificar la maniobra pertinente.

Reducir al silencio e inmovilidad al llamado Dennis.

El otro marinero cogió el frasco de *whisky*, sorbiendo al gollete. En el camastro, trató Betty Arlen de manifestar su protesta, removiéndose.

Solo consiguió suscitar la hilaridad del que, dejando el frasco sobre la mesa, aconsejó:

—Deja los meneos para cuando hagas el ridículo pateando el tablado, viejita.

Kent Farrar experimentó un repentino deseo de convertir al futuro torturador en conocedor de ciertas costumbres coreanas.

Le vio llevarse rápidamente la mano al sobaco y también percibió el pavonado del cañón...

Kent Farrar respiró al oír el estampido, y ver cómo, encogiendo la mano, el marinero parecía demostrar que su automática quemaba.

Britt Milton continuó avanzando, esquivó un puntapié y aplicó la culata de la «Savage» aún humeante en el centro del rostro del que se cogía con fuerza la taladrada diestra.

Repitió Milton el culatazo en sitio distinto. La mandíbula crujió, mientras se desplomaba el marinero.

—Contengamos nuestra galantería, compadre. Yo primero. Y después estos dos.

Empezó Milton a desatar, y añadió Farrar:

—Mañana le dirán a la pobre Betty que tuvo una pesadilla.

—Ya tienes manos para atenderte las piernas, Kent. Traigo al otro.

El otro, entró arrastrado por los tobillos.

Sangraba por la nariz y boca. Manifestó Milton:

—Tenía que evitar que berrease y este otro se escamara. ¿Cómo los preparamos?

—Para la parrilla, ya que les gusta. Y si lo aguantan como hombres, les enseñaremos algunos trucos orientales. Astillitas, cortecitos de párpados, y lo que sea más eficaz. ¿Oíste qué tipos más sádicos? Querían hacer hablar a Harlan achicarrando a Betty.

Ayudando a Milton para atar codo a codo a los dos marineros, añadió:

—Paciencia, Betty. Te pondrías a gritar, y por ahora, solo conviene que griten un poco estos dos.

La mesa servía de respaldo para los dos que iban recobrándose,

hombro contra hombro, sacando el pecho, atraídos a cada pata de mesa por un brazo y unidos por codos.

Examinó Farrar lo que había recogido, y leyó en un carnet:

—Permiso de conducir a nombre de Lorentz Dennis. Treinta años, soltero, nativo del Canadá, residenciado en... ¡Magnífico! Veamos el otro. La misma residencia que Dennis, tiene el verdugo Barney Carruthers, nativo de Brooklyn, viudo, treinta y nueve años. Por si acaso, monta la guardia al exterior, Britt.

Britt Milton salió afuera. Bajo la estrellada noche veraniega, pensó en Melba Parker Cortez, sin por ello abandonar el cumplimiento de la consigna dada por el que llevaba el mando en aquella operación.

Kent Farrar demostró paciencia. Hacía ya rato que podían hablar, aunque fuera tartajosamente, aquellos dos rostros magullados.

Pero los minutos pasaban.

Recogió del suelo el encendedor, y haciendo chasquear la rueda, comentó:

—Sois anticuados. Y poco higiénicos. Asar los pies exige sacar los zapatos, calcetines... Una porquería, vamos. Empezaré contigo, Barney. Tienes unas pestañas preciosas.

Al ver que la llama del mechero se aproximaba a sus ojos, Barney Carruthers adelantó bruscamente la abierta boca. Cerró los dientes en el vacío, y el mordisco en el aire repercutió dolorosamente en su cabeza.

Quiso gritar porque la llama había prendido en sus cabellos.

Kent Farrar apagó el grito y el incipiente fuego, con dos manotazos. El encendedor chocó contra los dientes de Carruthers...

Retrocedió Farrar.

—La cobardía no va a ser patrimonio vuestro exclusivo. ¿Qué tal estás de refranes, Dennis? Recuerda aquel de cuando veas la pelambre de tu vecino quemar... Fijaos bien que a tercos, de los tres gano yo. Solo quiero que me deis la ficha del que os pagó por tratar de achicharrar a Neil y Betty. Son procedimientos asquerosos...

Lorentz Dennis pareció un boxeador esquivando con la cabeza en un reducido rincón de *ring*. Aulló al olerse la chamusquina en el propio bigote.

Fuera, Britt Milton confiaba en los métodos persuasivos de su amigo, para ir desbrozando la maleza hasta poder llegar a esclarecer la misteriosa personalidad de «Zsa», y los dos camilleros de la ambulancia. Que no podían ser Betty, ni los dos marineros, que allá dentro emitían rugidos y alaridos poco melodiosos.

Kent Farrar apareció, asegurando:

—Interrogados hábilmente, han consentido en eyacular lo que interesaba saber. Vamos en busca del «Chevrolet» de Georgia, que esta

noche es todo mío. Lo dejé cerca del tugurio.

Britt Milton señaló hacia la cabaña.

—¿Betty?

—Tranquila. Meciendo el biberón y un billete que le dejé como consuelo. Pueden los tres pasar la noche así. Ninguno se moverá, y nos ganaremos la tolerancia del sargento Kelly, que nos conviene. El pasará a recogerlos a los dos, en el momento que le indiquemos. Resulta que son del personal de Rolf Larson, bajo las órdenes directas de Empanada, vulgarmente llamado Stan Foster, que los espera en su nido, tan pronto tengan noticias. Las tenemos.

Renunció Milton a hacer preguntas. Él era el guarda espaldas, y Kent el cerebro-radar.

CAPÍTULO IX

—Pero, ¿no íbamos a ver qué decía Stan Foster? —quiso saber Milton, al sentarse en el confortable despacho principal de la Agencia Baxter.

Marcando números en el teléfono, contestó Farrar:

—Llevamos en sándwich las dos gestiones: encontrar a Harlan, y hundir en el infierno a Larson y su pandilla.

Se aplicó el auricular y pidió:

—Urgente comunicación con el sargento Kelly. Referente asunto Rolf Larson, que tiene entre manos.

Tapó la boquilla, y expuso:

—Kelly se ha hecho cargo de Larson, culpándole de algo que no ha cometido, y me tiene cariño, porque apabullé a Larson con mi testimonio. Es preciso que aprovechemos la marea a favor.

Apartó la mano, inquiriendo:

—... ¿Sargento Kelly?

—... Escuchando. Y tengo entré manos el asunto Larson, sí.

—... Soy Farrar. Copropietario de la Agencia Baxter, desde esta misma noche. Sigo tuna pista importante relativa a Neil Harlan, desaparecido desde esta madrugada a las siete. En la desaparición hemos intervenido juntamente Britt Milton y yo, para poder acumular pruebas contra Larson y su pandilla. Deme de tiempo hasta la madrugada, para acabar de reunir unos cuantos golpes de mazo que acaben con Larson. Dos individuos llamados Barney Carruthers y Lorentz Dennis, pertenecientes al personal que en el «Floating Boat» tiene Larson en muelle Jamaica, tenían por misión ordenada por Stan Foster, quemarle las plantas de los pies a Neil Harlan, tan pronto este visitase a Betty Arlen.

—... Tomo buena nota, Farrar. Tomo buena nota de que usted y su amigo Milton, tercer novio de Melba, están jugando una partida de bolos con hacha de doble filo. Si parten el bolo, me horripilará incrustarles en el meollo que la policía oficial es la que cobra para estos trabajos. Pero teniendo en cuenta su testimonio, consiento en darle moratoria hasta que el alba ponga rosas en mi ventana.

Gracias, generoso. Encontrará a Dennis y Carruthers en la cabaña de Betty, en Canarsie Beach, sin número. Información, la patrona del «Indian Jokes». Ambos marineros de pega, están maduros para confidencias. Se pelearon entre sí para ver quién hablaba antes. Son del

tipo verdugo, de los que emplean encendedor para asar pestañas y demás zonas capilares. Les pagó Foster, pero tengo la convicción de que hay algo más que Larson desea no diga a nadie Neil Harlan.

—... Tráigame a Harlan inmediatamente.

—... Tengo moratoria hasta las rosas del alba, sargento.

Ahorquillando, señaló Farrar el teléfono.

—Quiere que le llevemos a Harlan.

Britt Milton asintió, esperando que el cerebro actuase.

Kent Farrar entornó los párpados, y empezó a rodar los pulgares sobre su estómago.

—Premisa A: alguien sabía que eras un tirador excelente, un chico de toda confianza, y repleto de confianza en la humanidad. Premisa B: este alguien pagó dos mil, pero en dos plazos, respectivamente a las dos y siete madrugada, con la seguridad de que tú no tendrías ni tiempo ni intención de comprobar la legitimidad de tus billetes.

Britt Milton sacó con rapidez el sobre en que guardaba los cuarenta billetes.

Kent Farrar hizo rodar uno de los seis archivos giratorios superpuestos en columna a un lado de la silla.

—Lista nominal y numeral de falsificaciones en cuadros, piedras preciosas, billetes, etcétera. Georgia heredó la capacidad de organización y meticulosidad del coronel. Léeme la serie de cualquiera de tus billetes.

Con voz tremante de furia contenida, leyó Milton:

—Serie JR-7689512,

—Decimos pues que... serie JR... 76...

—89-51-2, ¡maldita sea!

Detuvo Farrar la rotación y sacó la ficha, leyendo:

—«Billetes de 50, serie JR-7689491 al JR-7689530. Falsificación caso Edmund Mac Ferlane, que los entregó como obsequio al coronel Baxter, permitiendo la captura portorriqueños caso Rivera». Premisa C: alguien conocedor de tu carácter, que con frecuencia he alabado entre estos muros, y teniendo acceso al armario de curiosidades y obsequios de la agencia, es tu «Zsa-Zsa».

Britt Milton balbució incoherentemente antes de exclamar con claridad:

—¡Georgia Baxter!

Kent Farrar elevó los hombros:

—Tiene los labios carnosos, en efecto. Lo certifico. No nos extraviemos. Pasemos al fichero alfabético de la clientela. Para comprobar por qué Georgia tuvo tanto interés en disponer de Neil Harlan.

Contuvo el rodamiento en tambor en la letra «U». Y fue deletreando:

—«UD»-«UL»-«UN»-«UR»... No está inscrito ningún Upperman. Supuse que Arnold Upperman, el de los lingotes, había encomendado a la agencia indagar apenas saliera Harlan... «¡HAR!»

En giro hacia atrás, el fichero expulsó la cartulina marcada «HAR».

Leyó Farrar con fruición:

—«HARLAN NEIL. Ofrecerle quince por ciento de la prima aseguradora lingotes oro Upperman». Vamos bien encaminados, Britt. Estoy sentado en el trono de Georgia. Ya he encontrado al hombre que colocará a Harlan en situación de ser convencido, antes que lo atrapen los de Larson. Te he encontrado a ti, que nunca pensarás en Georgia. Me faltan dos hombres para camuflar una furgoneta de ambulancia, y revestir bata blanca. Veamos el fichero de personal, en el día de la fecha. Georgia anota cuidadosamente los servicios y pagos.

Hizo girar otro fichero, encontrando sus nombres con referencia al «caso Clive-Arthur Cabot».

—No hay ninguna mención de dos pagos. Los camilleros...

—Lógicamente no iba a anotarlo, cuando empezó enmascarándose para contarme una historieta y pasarme la moneda falsa. ¡Un momento, tú, un momento!

Kent Farrar asintió con interrogante arqueo de cejas.

—Estás despistado, Kent. No tenía por qué tu patrona emplear máscara, ni recurrir a melodrama alguno, para que Harlan viniese aquí. Le bastaba con enviar a dos tipos decididos, ya que la ley no le hubiese recriminado que intentase sonsacar dónde esconde Harlan los lingotes, para cobrar la prima del seguro.

—Estoy en ello, y por esto anoté esta dirección, que pertenece a la nueva secretaria de Georgia. Una rubia estupenda que ingresó hace unas semanas, ofreciéndose a cobrar lo que Georgia quisiera. «A prueba», dijo Glenda Martyn. Y claro, Georgia que es más agarrada que una barandilla, saltó encima del mirlo blanco. Y echa un vistazo a la ficha correspondiente a Harlan. Mira la línea escrita a máquina.

Leyó Milton:

—«Fecha de salida, 16 agosto». Que es mañana...

—Anotación hecha por Glenda, la secretaria. Atrasando en un día la fecha real, porque le convenía. Después hubiese dicho que le indujo a error alguien. Un pequeño error sin importancia. Ya tienes a tu «Zsa».

—¿Dirección? —inquirió Milton, poniéndose en pie.

—Cypress Road, 51509. Una hilera de casitas simpáticas...

—¿Simpáticas, eh? —rezongó Milton, colocando sobre la mesa la «Savage» perteneciente a Farrar, y recogiendo los billetes.

—Te respaldaré, no porque crea en posibles granizadas de plomo, sino para echarte una mano si está por allá Harlan, o la rubia Glenda tiene más miga de la que te imagines.

En el «Chevrolet» manifestó Milton:

—Si voy solo, quizás ella intente engatusarme de nuevo. Convendrá que estés a la escucha.

—Descuida, compadre. Hoy es mi día, y la medianoche se presenta propicia.

—Falta saber lo que ha hecho ella con Harlan, sin olvidar que tenía a dos tipos como ayudantes para la ambulancia. Y para sonsacar a un mudo como Harlan...

—Rondan más chacales de los que nos pensábamos. Pero nosotros, estamos de parte de la Ley. Solo queremos compartir la prima del seguro ofrecida para hallar los lingotes. Te sugiero que finjas querer llegar a un acuerdo con Glenda.

* * *

La casa número 51509 de Cypress Road, tenía como horizonte al fondo, la zona de cementerios de Queens: cipreses y sauces sobresalían de las blancas tapias.

Pero Cypress Road alineaba en aquel trecho final, chalets de madera en diversos estilos, todos rodeados de jardines y setos.

A pie, fue rozando Milton los setos entre los que brillaban los barrotes de las verjas a lo largo de la acera.

Un barrio residencial, tranquilo, casi fúnebre por la cercanía de los camposantos de Nueva York, allí aglomerados.

El domicilio de Glenda Martyn tenía el techo picudo de pronunciados aleros, y la veranda en la planta baja, se iluminaba oblicuamente con la luz que enmarcaba una cristalera abierta.

Casi en el vértice de los dos aleros, una pequeña ventana transparentaba por su cortina clara, una débil luz oscilante.

Britt Milton encontró el sitio oportuno para entrar, allá donde la verja y el seto se difuminaban en penumbra. Saltó cuando no había ningún coche en tránsito.

La gravilla crujía suavemente, y para no prolongar el eco que podía alertar a los moradores, una de cuyas siluetas había entrevisto Milton tras la pequeña cortina del desván, corrió hacia la veranda, en rápida carrerilla sobre la punta de los pies.

Esperó junto al ventanal abierto. Y lo que vio era hogareño, plácidamente delicioso.

Una muchacha de cabello castaño recogido con lazo, leía un libro,

bajo la luz de una pantalla. Sola en el cuarto de estar, Glenda Martyn era una trasnochadora casera.

Vestía una blusa a rayas negras y blancas, una falda gris, y balanceaba una de sus cruzadas piernas oscilando la chinela de pompón rojo sobre raso negro.

Había en ella algo que no era casero ni hogareño. Colgaba de la comisura de sus labios, un cigarrillo, y aparte el guiño que le producía a la lectora, complementaba el aspecto equívoco de Glenda Martyn, el frasco de *whisky* y la copa en la mesita a su lado.

Mantuvo ella un dedo entre las páginas del libro cerrado, se escanció licor, y aplastó el cigarrillo en un cenicero donde se amontonaban colillas.

Las facciones eran lindas, y el cuerpo modelado adecuadamente.

—¿Estorbo? —preguntó Milton, entrando.

Tuvo que saltar con apresuramiento, recorriendo en dos zancadas el espacio que le separaba de Glenda Martyn.

Porque las facciones lindas se contrajeron furiosas, y el cuerpo se curvó en escorzo violento.

Pero la mano que ella deslizaba tras el montón de libros en la mesita, se retiró como atacada de calambre.

—Perdón —silabeó Milton.

Se frotó ella el codo dolorido por el golpe dado con el canto de la diestra masculina, mientras miraba fijamente a Milton, que recogiendo el diminuto revólver, manifestó:

—Pequeño calibre, pero a menos de seis pasos, mata.

—¿Quién es usted? ¿Qué se propone?

No era una mujercita asustadiza. Tenía acento británico.

Britt Milton hizo jugar el tambor, expulsando las seis capsulitas.

Tiró el revólver vacío al diván, y señaló los libros.

—Lectura apasionante, ¿verdad?

Las cubiertas presentaban sobre negro en letras amarillas, títulos que revelaban el contenido. Cogió varias novelas en abanico y leyó los títulos:

—«Las noches aúllan», «Tráeme el ataúd, nena», «Un trago para el verdugo», «Sopla, pólvora»...

Encendió ella un cigarrillo, cruzó de nuevo las piernas, y dijo burlona:

—Se equivocó de puerta, amigo mío, y le perdono el susto que me dio al aparecer de pronto. Váyase y olvidaré su intrusión.

Sonrió Milton, complacido. La noche anterior ella había sido la gata jugando con el ratón. Cambiaban las tornas...

Tiró las novelas y opinó:

—Faltan unos títulos estupendos.

—No es hora ni sitio para discutir sobre novelas, amigo. Estoy sola, pero no abuse de mi paciencia.

—No está sola —rebatió Milton, señalando el frasco y la copa. Después apuntó hacia el revólver descargado y las cápsulas sobre la alfombra.

—Ya está bien, señor. Váyase, o llamo a la policía.

—Llame, y les hablaremos de dos novelas sin editar. Tituladas «Zsa-Zsa paga con chatarra», y «Una bala a las siete para Reginald».

Glenda Martyn siguió sin desconcertarse. Sonrió como divertida.

—Lleva bien el exceso de bebida, muchacho. No le conozco. ¿Es vecino o iba a visitar a alguna solitaria Eva?

—Me llamo Britt Milton, somos vecinos ahora, y hace tiempo intenté ser detective, pero no daba una en el clavo.

—Sigue igual —sonrió ella.

Sus ojeadas eran teatralmente insinuantes. Las ojeadas de Milton iban con frecuencia a los peldaños que ascendían hacia el desván.

Se sentó frente a ella, atrayendo un taburete tapizado en ocre y oro. Realmente, se comprendía que Georgia Baxter hubiese contratado a aquella mujer para los casos de divorcio.

Tenía las suficientes dotes visibles para trastornar...

—¿Es que piensa que le voy a soportar más tiempo, Britt?

—Anoche soporté yo la historieta más románticamente moderna que solo un cretino como yo, podía tragarse. Y su maquillaje a lo Zsa-Zsa era perfecto, demasiado perfecto.

—Me llamo Glenda Martyn, y comete usted otro error. Tiene chispas en los ojos, y no comprende que busca a otra, no a mí. Le acompañaré hasta la acera.

Descruzó ella las piernas, fingiendo que se levantaba. Volvió a sentarse, al adelantar Milton una mano.

Hizo revolotear su falda como arreglándola...

Britt Milton cogió con las pinzas un pedazo de hielo de la cubeta, y lo masticó. Aquella inglesa entendía la sangre, por partida doble. Como mujer, y como «Zsa-Zsa».

—He venido con la euforia de un potrillo que vuelve a encontrar el pasto, Glenda. Deje ya de disimular que no sabe quién soy. Premisa A: tenía que ser una mujer que supiera que además de disparar acertado, yo era un cándido. Premisa B: solo una mujer tenía acceso a la chatarra que es guardada en un armario de la agencia Baxter. Premisa C: esta mujer sabía que al ver yo que los billetes eran chatarra, me callaría porque nadie daría crédito a mi historieta. Usted es ABC.

—Prosiga, que es más atrayente que una novela de esas.

—Neil Harlan ha desaparecido desde las siete de la madrugada. Vi su foto en los periódicos, y visité a Betty. Empecé a sacar premisas, y aquí estoy. ¿Llamamos a la policía?

Glenda Martyn se inclinó, abrazándose las rodillas. Volvió a guiñar a causa del humo.

—Puedo cambiarle los billetes falsos, Britt. No pensé que...

Britt Milton alzó lentamente las manos, poniéndose en pie.

La voz conminatoria tenía matices de aplomada autoridad:

—Visibles las manos, Britt, si no quieres jaleo.

No había bajado por las escaleras del desván aquel individuo que veía Milton reflejado a sus espaldas por un espejo.

En mangas de camisa, de poca estatura pero macizo, y aviesos los ojos azules en el largo rostro caballuno.

Empuñaba una «Luger» nueve corto.

Y por la escalera crujieron los pasos descendentes, hasta que apareció un hombre calvo, también en mangas de camisa. Llevaba una funda axilar pero cogía la «Webley» por el cañón.

Avanzó lentamente, crispadas las mandíbulas que azuleaban faltas de un afeitado.

—Quietos —intervino Glenda Martyn—. No es preciso violencias. Este hombre bastará que permanezca atado, hasta que... ¡Harris!

El llamado Harris alzó su «Webley» en finta, para que el poseedor de la «Luger» a espaldas de Milton, pegase el culatazo en el sitio apropiado.

Y Glenda Martyn retrocedió, sacudiéndose por instinto femenino la falda contra la que la mesita volcada vertía novelas, colillas y *whisky*...

Britt Milton había adivinado la finta, porque era demasiado evidente la supuesta intención de Harris.

Empleó el salto de la rana, del centinela sorprendido.

Sus piernas tijeretearon hacia atrás, mientras sus brazos se entrecruzaban rápidos hacia delante.

Harris cerró los ojos forzosamente, pero atrás esquivó Herbert Romney.

Alzaba de nuevo la culata para asestar el golpe sobre el que derribaba a Harris, cuando cambió de trayectoria, al oír la exclamación extraña:

—¡Recio, Britt, recio! ¡La cuarta ataca!

Por unos instantes, Glenda Martyn buscó tan solo dónde escapar. Una confusa mezcla de brazos, piernas y jadeos, se movía en varias direcciones obstaculizando su fuga hacia el desván.

Cuatro ex combatientes, entrenados en comando, estaban pugnando por no quedar debajo. La cabeza de Harris chocó huecamente por

varias veces contra una madera.

También Farrar cabalgaba a Romney, con el mismo estilo. Apretando las rodillas sobre la unión de antebrazo y bíceps, asiendo como riendas cuello y una oreja.

El término también fue idéntico.

Las rodillas en saltos consecutivos aterrizaban sobre el estómago, mientras los puños chocaban a cada lado de la cara.

En pie, dijo Milton:

—La cuarta llegó a tiempo. El mío se llama Harris.

—Y este Herbert Romney. Los dos son ingleses. Voluntarios en Corea. Inscritos en la agencia, pero rayados en sus fichas, por falta de escrúpulos. Mala gentuza, de esta que si no hay Coreas, busca dónde fundarlas...

Britt Milton atenazó por los codos a la que se inclinaba para recoger cautelosamente la «Luger» abandonada por Romney.

Se enderezó atraída hacia atrás, Glenda Martyn. En su oído, susurró Milton:

—Nada de violencias, Glenda. Bastará que permanezcas atada, hasta que terminemos la exploración.

Se ocupaba Farrar de unir por los codos y con el otro brazo atrás a los dos ex componentes del personal a comisión de la Agencia Baxter.

Arrodillado, expuso:

—Está claro. La secretaria inspeccionó el fichero. Vio a dos ingleses, tachados por pintas, y pensó que eran los ideales para camilleros. Seguro que no les diría de quién se trataba, ni podía pedirles que disparasen contra «Reginald», porque ellos hubieran hecho indagaciones... Esta chica, en el fondo, es una ingenua.



—Tienes unas pestañas preciosas, Barney...

—¿Sí? —rio Milton, que mantenía a su lado a Glenda Martyn.

Como si la enlazase amorosamente, pero su brazo pasaba rígido entré el hueco de los dos codos y la espalda femenina.

Descargó Farrar las dos automáticas, y explicó:

—Sigue con vida, lo cual demuestra que no le han sonsacado nada a Neil Harlan, que está arriba. Si estos dos pájaros supieran dónde están

los lingotes, habrían eliminado a la doncella. Jugaste con fuego, Glenda.

—Suéltame —exigió ella en voz baja.

—Suéltala, Britt, que tienes novia seria, caramba.

Glenda Martyn, libre de moverse, recogió del suelo el frasco de *whisky.*

Comentó Milton:

—Terminará como Betty, si sigue dando malos pasos. Haznos los honores de la casa. Empezando por el desván.

—Con las mujeres, en singular con Glenda, pasa que no se vive tranquilo ni con ellas ni sin ellas. Abusaste de la confianza de Georgia y de la credulidad de Britt. Es feo esto, Glenda.

No se opuso ella a que otra cortina enlazase sus codos y rodillas, pero protestó:

—No soy ninguna aventurera...

—¡Qué va, qué va! —exclamó Farrar, apretando los nudos—. Lo comprobaremos hablando con Harlan. Un pobre pecador que desea vivir en paz, y los chacales le martirizan el mismo día que sale. Estará ansioso por volver al cómodo refugio entre rejas.

En el desván, entre cachivaches, dos linternas de petróleo siluetaban al hombrecillo cuyos pies apenas rozaban la madera del suelo. De la polea carga-muebles colgaba en diagonal la soga sujetando as dos muñecas de Neil Harlan.

Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, y respiraba fatigosamente.

Le contemplaron en silencio Milton y Farrar.

Al cabo de un instante murmuró Milton:

—Canallas...

El pecho de Harlan mostraba líneas rojizas e hinchadas. La misma sangre manchaba dos varitas de bambú colocadas sobre una consola desportillada. Las uñas de las manos las tenía quebradas por trocitos de mondadientes de plástico incrustados entre carne y uña.

Los labios tumefactos se movieron, y dijo Harlan con entonación del martirizado harto de repetir lo mismo:

—Podéis matarme, pero Rolf se arrepentirá...

—Alcohol, gasas, cualquier bálsamo y *whisky,* Kent —pidió Milton.

Bajó Farrar en busca de un botiquín, y Milton destrabó la sujeción de la soga, hasta que Neil Harlan quedó sentado contra la pared.

Se mantuvo unos instantes sentado, y por fin resbaló a un lado, cerrados los ojos, debilitado por sus heridas. Boqueaba sediento y hambriento. Había sobre un cajón, un plato con fruta, otro con jamón y una jarra de agua con hielo.

Todo lo habían probado, hasta el suplicio de Tántalo, pensó Milton.

Llegó Farrar que, para abrir las mandíbulas de Harlan, tuvo que insertar entre los dientes el mango de un tenedor.

Protestó Milton tras oler lo que contenía el vaso:

—¡Ya ha pasado bastante juerga el hombre!

Kent Farrar, manteniendo con la rodilla el cuello de Harlan, siguió empujando el vaso, cuyo contenido bebió ansioso, medio inconsciente, el ex presidiario.

—Le vamos a salvar la pelleja, ¿no? —dijo duramente Farrar—. Han probado con él, «el pijama de cebra» y el bambú falló. Han probado la «manicura» y tampoco sirvió. Le hicieron gustar las delicias del «cimbreo Yangul» y cero con cero.

Pensó Milton en la eficacia comprobada por los coreanos, de una mezcla de alcohol puro, pimienta, mostaza y jarabe para endulzar. En un prisionero mantenido más de diez horas sin beber ni comer, aquel raro brebaje le provocaba una somnolencia charlatana.

Una docilidad de discípulo aplicado contestando al maestro.

—Esos tipos no debieron estar funcionando por Keng-tsú y las llanuras de Taipén —meditó Milton, en voz alta.

Los rasgos atormentados de Harlan se distendieron, y una mueca de alivio se esbozó en la porción no quemada del rostro.

—Ya pasó todo, Harlan. Betty te espera amorosa, y la vida te sonríe, caramba —empezó a decir con tono persuasivo—. Ya no hay más chacales buscando tu alijo. ¿Por qué tenía tanto pánico secreto Rolf Larson? Quiso torturar a Betty, pero lo evitamos. Anda, Neil, contesta. ¿Qué pasa con Rolf Larson?

Cerrados los ojos, fue pronunciando Harlan con dificultad:

—Cada semana me enviaba dinero como si fuera Betty, para que al salir fuese a verlo. Y en vez de aguardarme, me hace cazar por sus esbirros. Yo no quise decirle nunca dónde están los lingotes.

La convulsión de una carcajada se truncó en los labios hinchados. Britt Milton iba aplicando tiras de gasa embebidas en mercromina y pomada cicatrizante. Había surcos donde cabían varias gasas...

—Pudiste decírselo, Neil.

—Era mi única fortuna, y además nunca pensé que me haría torturar, porque yo trabajé para él, cuando estaba en sus principios. Reventé la caja del «Morocco Stand», y él apretó el gatillo contra Sidi Cherif y Glen Markoff, los dos guardianes del pabellón marroquí en la feria de Muestras en Lexington. Él sabe que si quisiera podría llevarlo a la silla eléctrica...

—Aguarda un momento, Neil, que te colocaremos sobre blando.

Kent Farrar levantó en vilo al hombrecillo, después de haber escrito rápidamente en una hoja de block.

Britt Milton bajó rápidamente dirigiéndose al teléfono. Marcó los números del Precinto Sexto, indicando que era urgente que se pusiera al aparato el sargento Kelly.

Y leyó lo escrito: «Kelly, amplificador, registro, explica que Harlan hablará».

Rezongó la torcida pronunciación de Kelly:

—... Sargento Kelly escuchando.

—... Milton y Farrar en colaboración. Hemos encontrado a Harlan en mal estado. Ha bebido y charla de modo interesante. Conecte con amplificador y registro. Harlan está medio muerto, y lo sostiene Farrar.

Bajaba Farrar llevando en brazos al que cabeceaba. Lo colocó sobre el diván, y mantuvo Milton el teléfono cerca de los hinchados labios.

Arrodillado dijo Farrar:

—Quedará entre nosotros, Neil Harlan. Y te ayudaremos a vengarte de Rolf Larson, que no debió portarse mal contigo, que sabes mucho de su sistema para ganarse el primer fajo de miles. ¿Cuál fue el primer trabajo en que intervinisteis?

—En la Exposición de Lexington. Me ofreció Larson quinientos para abrir la caja de los marroquíes. Pero acudieron Sidi Cherif y Glen Markoff, y Larson los acribilló. Yo me enfadé, porque no quiero sangre pero Larson me tranquilizó, pasándome un ciento cada mes.

—Pero en el asunto de los lingotes...

—Fue cosa mía y de Dave Gaskil. Lo mataron.

—Stan Foster y Butch Regan enviaron gentuza para tenerle así, hasta que te hemos salvado, Neil. Tendremos que tacarles un buen dinero a los tres principales de la banda, ¿no crees?

Neil Harlan sonrió en mueca de agrado:

—Exacto... Me tratas bien tú, y era sabroso el trago. Rolf las pasará negras, pero pagará lo que le pidamos, desde sitio seguro. Fueron ellos tres los que hundieron el camión-postal en el Hudson, simulando un accidente, pero nos emplearon a Carruthers, a Dennis y a mí, para hacer el «choque».

—¿Choque?

—En el puente de Triborough, cruzó Dennis un taxi, donde se escondían Larson y Foster. Yo estaba en un turismo con Carruthers y Regan. Hicimos como que chocábamos, y el postal se detuvo. Saltaron Larson, Regan y Foster. Liquidaron a los tres del postal. Por eso yo me largué a Jersey. No quería trabajar más con Larson. Agua, dadme agua... compañeros...

Señaló Farrar el teléfono, y lo colgó Milton.

—Trae agua, compañero —pidió Farrar—. Mucha agua para nuestro amigo Neil. Lo primero es ponerse en sitio seguro, Neil. Vamos

a recoger los lingotes de Upperman. ¿Dónde?

Pestañeó Harlan, crispó las manos y susurró:

—Que no se entere Betty, porque así no me traicionará.

—Solo tú y yo, Neil.

Enlazando a Harlan por los hombros, acercó Farrar el oído.

—El pozo de la mina junto al gallinero del comodoro Kinsley. Allí sumergí en blindada, sujeta al último escalón de hierro bajo el agua. Agua, agua...

Se incorporó Farrar, mirando ceñudamente a los dos ingleses. Britt Milton sostenía la jarra en la que bebía ansiosamente Harlan.

Glenda Martyn dijo:

—Es un delincuente, y...

Se interrumpió porque avanzaba Farrar.

James Harris ya había desistido de apartarse de su cómplice. Acusó:

—Ella nos prometió cinco mil a cada uno, si Harlan nos decía dónde estaban los lingotes. Dice que fue amiga de Arnold Upperman, el joyero inglés... Nosotros aceptamos cualquier trabajo, y ella nos dijo que Upperman pagaría la mitad del valor de los lingotes, en Londres.

—Y pensabais que era un viaje largo, que os lo hubierais ahorrado, tan pronto hablase Harlan.

Rechinó la grava, y en el abierto ventanal procedente de la veranda, apareció el sargento Kelly. Midió el escenario y los personajes.

—Recibido el telefonazo, colaboradores. Recogidos Dennis, Carruthers y Betty. Esta otra tanda no figuraba en el programa. Va siendo hora que nos entendamos, ¿no, angelitos?

Kent Farrar señaló a los que iba nombrando:

—Le presento a Glenda Martyn, que fue amiguita del joyero inglés Upperman, y se enroló como secretaria en la agencia Baxter, para por su cuenta contratar a estos dos detectives asalariados. Romney y Harris la obedecían a ella, que ordenó emplear todos los grados de persuasión, para que Harlan cantase dónde escondió los lingotes. Harlan creyó que eran gente de Larson. Y al salvarle nosotros dos, se sintió inclinado a confidencias.

—¿Confidencias, ese?

Aproximándose al diván, miró Kelly, torció más la boca, y anunció:

—Tiene hospitalización para rato. Valiente bestia eres, Harris.

Harris se encogió hacia delante al puntapié. Le imitó Romney, al repetir Kelly:

—Valiente bestia eres, Romney. Hace tiempo que os debieron retirar la licencia. ¡Ferguson, Mac Donald, Finlay! Despejad la sala.

Los tres policías llamados, entraron.

—Tú, Finlay, llévate a Harlan al taller. Que firme el triplicado de su

declaración. La dama dejadla unos instantes. Haced un viaje, y volved a recogerme.

Se llevaron los policías a los dos torturadores y su víctima.

Kelly, sentándose en el brazo del sillón, ocupado por Glenda, insinuó:

—Tres años por secuestro, dos por malos tratos...

Escupió ella hacia arriba. El sargento Kelly, saltando a tiempo, vociferó:

—¡Mac Donald!

Acudió corriendo el convocado.

—Llévate a esta dama, antes que me olvide que soy un caballero.

Glenda Martyn abandonó la sala, atraída sin galantería por Mac Donald.

Curt Kelly dijo a Britt y Kent:

—Madrugando firmaréis por triplicado. Teniendo en cuenta que Larson ya huele a voltaje elevado, seré comprensivo. Pero este galimatías me lo aclaráis ahora mismo.

Britt Milton relató su entrevista en el «Bentley». Tomaba aliento tras decir que estaba en el despacho esperando a Farrar, cuando este intervino:

—Entonces nos pusimos de acuerdo para ir al Precinto de nuestro distrito.

—Sí, claro, naturalmente, no faltaba más —rezongó Kelly—. Escuchad, chacales... Valen los actos por su resultado. Habéis puesto los ladrillos para encerrar hasta que rindan el alma en chispazos de alto voltaje a varios que me tenían mosca. Pero no abusemos de la confianza. Sigue, pelirrojo.

—Decidimos cobrar la prima del seguro si Harlan tenía los lingotes.

—Esto es humano, lógico y veraz. Adelante, Farrar.

—Y firmaremos por triplicado, sargento —sonrió Farrar.

CAPÍTULO X

Curt Kelly acompañó hasta el «Chevrolet» a los dos amigos. En el interior de la casa alquilada por Glenda Martyn, estaba el equipo pericial.

—Una nochecita agitada. ¿Alguna otra visita?

—Tenemos bien ganado el descanso, sargento.

—Descansad, que hay excesos que pueden perjudicar. A las once en el despacho del teniente Douglas.

El «Chevrolet» arrancó, y Curt Kelly se acarició la nuca. Tal vez a otros menos bregados en zarandearse, les hubiera advertido en qué consistía un «no ha lugar», presentado por un abogado invocando detención ilegal y falta de pruebas.

Pero era ya misión de la policía, volver a detener a Rolf Larson, esta vez con un testimonio como el de Harlan, irrefutable, porque había hablado dócilmente ante el teniente Douglas.

Al volante esperaba el agente Finlay, con Mac Donald a su lado.

Se sentó Curt Kelly.

—¿Cómo distribuyó el teniente a la brigadilla, Mac?

—Cuatro al casino. Dos en casa de Foster. Otros dos en la de Regan. Estarán llegando.

Curt Kelly ordenó:

—Embalando al 3118, Jamaica Road.

Embaló Finlay. Y al cabo de unos instantes, masculló Kelly:

—Soltamos a Larson hace media hora. Ponte en su pellejo, Mac.

—Voy a poner en orden mis cosas, por si conviene. Pregunto si hay noticias de Harlan. No las hay. Me escamo, y reúno a Regan y Foster, para decirles que conviene un cambio de aire, hasta ver cómo se ha puesto el clima. Creo que no tardará Larson en pedir pasaje en el primer avión. Pero todo está controlado.

—Menos un nido. Larson bebe los vientos por Melba. Querrá Revérsela con el equipaje. ¿Dónde trabaja la pelirroja?

—En el teatro «Playgay», jefe.

—Vira el timón, Finny. Al teatro de marras. ¿O acabó ya, Mac?

—Empiezan a las once y cuarto, jefe. Y hasta cerca de las dos y media, hay un desfile de muñecas que son albaricoque puro.

—Algo es algo. Nos distribuiremos a cubierta, porque si se ha olido algo, Larson y sus dos matarifes, quemarán pólvora. Está ya furioso el chico. Lo comprendo. Se le acabó la vaca gorda, y se ha convertido en

lechón para la parrilla. Tú para Butch, Finny. Tú para Stan, Mac. Yo me dedico a Larson, que estará dando prisas a su tormento.

* * *

—Ahora mismo certificaré por duplicado ante dos testigos, la declaración del lugar dónde están los lingotes. Con mención de hora, para que por la mañana, el seguro nos abone los treinta mil por barba, Britt Milton rio gozoso.

—Voy a casarme con Georgia —declaró Kent—. Se lo merece, ¿no crees?

—Al 3118, Jamaica Line, compadre. Estará temblando por mis encantos mi esposa.

—¿Ya?

—Apenas agarre los treinta mil.

—A esta hora Melba actúa...

—Esta noche pidió reemplazo, y ya no trabaja más... Solo para mí.

—Enhorabuena por el monopolio. Yo tengo un pequeño asunto pendiente, relacionado con dos consultas que he hecho. Al Registro de Matrimonios, y al de Testamentos. Va a ser mi último caso. He decidido que Georgia lleve la administración de nuestra flotilla. Ya no más rondar en torno a la carne fresca para convertirla en carne de patíbulo. Ya no más chacales.

—Teníamos que visitar a Foster y Regan.

—A esta hora hace rato que se hallan remoloneando a los interrogatorios. Les sobran pruebas en contra.

Detuvo Farrar el coche, y dijo:

—Hasta mañana a las once en el despacho de Douglas. Feliz noche, Britt.

—Ídem, Kent.

Y Britt Milton entró en el vestíbulo del 3118, con la euforia del vencedor.

* * *

Melba Cortez acudió gozosa a abrir. Retrocedió mientras entraban Rolf Larson y Stan Foster.

—Una temporada de vacaciones, Melba. Recoge lo esencial. Abajo tengo el coche esperando.

Melba Cortez, sentándose, declaré:

—No pienso...

Rolf Larson movió la diestra repetidamente, en bofetones poco vigorosos.

Dijo incisivamente:

—Me he hartado de aguardar tu consentimiento. Acabo de salir del Precinto Sexto, pero he decidido mudar de aires por una temporada, hasta que se aclare quién mató a Cabot, y hayan dado con el escondite de Harlan, dos de mis hombres. Recoge lo esencial.

Melba Cortez, apretando las manos sobre sus mejillas, denegó.

Stan Foster avanzó diciendo:

—Yo la acompaño.

Llamaron en la puerta, Stan Foster se puso rígido, mientras abalanzándose colocaba Larson su mano sobre la boca femenina, que iba a lanzar un grito de aviso.

Con la zurda hizo Larson dos gestos elocuentes.

Y Stan Foster acudió a abrir, esgrimiendo la automática.

Entró Britt Milton, y Foster golpeó por dos veces con el puño en torno a la culata. En oreja y nuca...

—Cierra —ordenó Larson—. Este es el que nos ha descrito Boyd. Y este era el que esperabas...

Apartó Larson la mano, y Melba Cortez angustiada, exclamó:

—¡Britt, mi vida!

En el suelo, de costado, Britt Milton manchaba la alfombra con la sangre que destilaba su oreja.

Tras cachear se incorporó Foster. Se arrodilló ella, apoyando en sus rodillas la cabeza del desvanecido.

—Un cuadro emocionante, ¿verdad, Foster? ¿Oíste? Es su vida... ¡y que poca vida le queda! Dale en la nuca, pero cogiendo tu herramienta como es debido, Foster.

Melba Cortez abrazó de modo que cubría la visibilidad al que inclinaba la automática.

—Espera un instante, Foster —ordenó, suavemente, Larson.

Melba Cortez, manteniendo abrazado a Milton, manifestó:

—Quiero a este hombre, Rolf. No te conformarías con que te siguiera sin quererte.

—Me conformo... y te has de conformar. Ya he perdido demasiado tiempo. Andando, Foster. Llévala al coche.

—Voy contigo, Rolf Larson —dijo ella, poniéndose en pie—. Pero los tres juntos salimos de aquí. Sé que matarías a Britt, sí...

Stan Foster empujó hacia la puerta, pero ella inclinándose, se zafó y, convulsa, miró a Larson.

—Vámonos, Foster.

Abrió Stan Foster, permaneciendo en el pasillo.

En el suelo, empezó a removerse Milton...

Rolf Larson se dirigió a la puerta, y salió Melba Cortez.

Ya en el umbral, se volvió Larson, encañonando al que yacía en el suelo.

Melba Cortez se precipitó con las dos manos abiertas, agarrando el brazo derecho de Larson.

Un estampido resonó amortiguado.

Procedía de la calle, y le sucedieron otros dos disparos.

Stan Foster gritó:

—¡La «Derringer» de Butch!

Bajó a saltos las escaleras, mientras Melba Cortez insensible a los golpes que recibía, se aferraba al brazo derecho de Larson.

Britt Milton se apoyó en la alfombra, sacudió la cabeza, y poniéndose en pie, embistió.

Melba Cortez salió despedida al recibir el manotazo en el hombro.

Disparó Larson, casi a quemarropa.

Britt Milton le cogía ya por el cuello y la muñeca...

El hueco de las escaleras hacía repercutir los disparos que intercambiaban Stan Foster y Mac Donald.

El ascensor se detuvo, abriéndose la puerta, mientras Britt Milton empujaba hacia arriba el brazo derecho de Larson, y apretaba con fuerza la diestra en torno a la garganta del que trataba de emplear todos los recursos.

Los conocía Milton, pero en su costado ardía el plomo que a quemarropa había disparado Larson.

Dobló las rodillas, y Rolf Larson fue bajando la diestra...

El sargento Kelly apretó cuatro veces el gatillo.

Rolf Larson encogió primero el brazo derecho, después el izquierdo, y dobló también las rodillas, al incrustarse en sus piernas los otros dos balazos.

Avanzando gritó Kelly, inclinándose sobre la rampa de la escalera:

—¡Apaga y vámonos, Stan Foster!

Se retiró a tiempo, y las balas desenyesaron porciones de techo... líalas de otro calibre emitieron su ladrido, y gritó Mac Donald:

—¡Cayó Foster, jefe!

El sargento Kelly, enfundando, se aproximó.

Miraba en el suelo a Rolf Larson, pero murmuró por la comisura de los labios:

—El amor es el mejor aislante.

Enlazando por la cintura a Melba, preguntaba Milton, caminando hacia el interior del piso:

—¿Estás bien, cariño?

—¿Y tú, mi vida?

«Mi vida» se dejó caer en el diván y cerrando los ojos, murmuró:

—Creo que tengo un rasguño sin importan...

Perdió el sentido, y emitiendo grititos, Melba Cortez le abrazó.

En el umbral, dijo Kelly:

—La última tanda de transporte, Mac. Redada completa. Dame tu estuche de urgencia. ¿Sin novedad, Finny?

—Butch le falló por milímetros, pero Finlay no le falló.

—Llévate a Larson. Redada completa, Mac. Es la mejor noche que recuerdo desde que me casé.

Cerró Kelly la puerta, se echó el sombrero hacia la nuca, y abriendo el estuche-botiquín, se inclinó sobre Milton.

—Apártese, preciosa.

Rasgó la tela de la camisa, tocó y cogió una lanceta.

—Algodón, y un licor fuerte, guapa.

Britt Milton rechinó los dientes, mientras hurgando, gruñía Kelly:

—Ingresa en el gremio de sufridos cónyuges, hermosa. Por centímetros... Hola, Milton. ¿Qué tal? Nos tropezamos mucho hoy. Fuimos al teatro, y embalamos hacia el nido, al saber que no actuaba la doncella.

Britt Milton se mordió el puño, mientras Kelly empujaba gasas. Melba Cortez para no mirar la herida del costado, contempló los ojos del que seguía acallándose con el puño.

Y al terminar dijo Kelly:

—Ya tiene hombre, llamita.

Cogiendo el frasco bebió al gollete, y tendiéndolo a Milton, aseguró:

—Buen licor, compañero. Y en lo sucesivo espero se dedique a cuidar de esta preciosidad. Me dijeron que iban a descansar, y por esto no les aclaré que el abogado soltó a Larson, porque no teníamos pruebas en lo de Cabot, y le habíamos detenido sin procedimiento legal, pasadas las diez de la noche. Nocturnidad, ¿saben, tórtolos?

Britt Milton palpó el apósito, y sonrió, tocándose la hinchada oreja...

—No importa. Para ella está usted de un guapo subido. ¿Dónde está el otro expedicionario?

—Kent se fue a certificar con destino al seguro. Y luego... le esperaba Georgia.

Abriendo la puerta, Kelly se despidió:

—Una noche bien aprovechada, tórtolos.

Melba Cortez cerró la puerta, y Britt Milton se dejó cuidar.

CAPÍTULO XI

A las diez de la mañana, Clive Cabot se instaló en la galería dando a la piscina.

Derek Rogers, sin uniforme, acudió a su llamada.

—El detective Farrar está a punto de llegar, Rogers. Debo pagarle los servicios prestados, pero no creo que exista razón alguna para que le abone un centavo más del precio convenido con su agencia.

Impasible, Derek Rogers asintiendo, replicó:

—El testimonio de Farrar, señor, permitió la captura del asesino.

Clive Cabot hizo un gesto como repeliendo un insecto, y a la vez señaló hacia la invisible verja de entrada.

—Ese coche debe de ser el de Farrar. Acompáñelo hasta aquí, Rogers.

Derek Rogers acudió al aparcamiento ante la escalinata frontal. Vio apearse al sargento Kelly, que le tendió la mano:

—Hola, colega redimido. Vengo para la rutina. Kent Farrar bajando, señaló hacia el garaje.

—¿Bien de salud la «Bentley»?

—Excelente —sonrió Rogers—. El señor Cabot les espera.

Clive Cabot acogió con digna severidad a los dos visitantes. Informó Kelly:

—La rutina ordinaria, para terminar el expediente. Lleva la batuta el detective Farrar. Quédate, Rogers, ya que tú y Farrar sois los principales testigos.

Derek Rogers, brazos cruzados, se reclinó contra una columna. Curt Kelly hizo lo mismo, en otra, a espaldas de Farrar, qué sentándose ante Cabot, solicitó:

—¿Conocía usted a la señorita Martyn?

Arqueada las cejas, con aire de repulsión, elevó la mirada Cabot, preguntándole a Kelly:

—¿Debo contestar sandeces, sargento?

—A todas las sandeces, ya que es Farrar quien lleva la batuta.

—Bien, en efecto, conocí a la señorita Martyn, porque solicité sus servicios para que ella intentase apartar a mi pobre hijo de la mujerzuela de Broadway. Fracasó, y por esto recurrí a sus servicios, Parrar, o mejor dicho a los de la «Agencia Baxter».

—Anteanoche la señorita Martyn usufructuaba su «Bentley».

—En efecto, vino a pedirme que sin chofer se la prestase por unas

horas, porque deseaba impresionar a un cliente. Acepté. Pero, ¿qué tiene esto que ver con la muerte de mi pobre hijo?

—Nada en absoluto. Era tan solo para puntualizar lo que ya declaró Glenda Martyn —adujo Kelly—. Adelante, Farrar.

Kent Farrar extrajo de una cartera una hoja mecanografiada.

—Arthur era hijo de la mujer que usted tomó por esposa, ¿no es así?

—En efecto, pero...

—Adelante, Farrar —intervino Kelly.

—Al morir su esposa, testó dejando un capital para Arthur, rentando mil mensuales, del cual entraría en posesión total Arthur, dentro de dos meses, ¿no es así, Cabot?

Indignado, miró Cabot al sargento que parecía absorto contemplando el fondo de la galería.

—La muerte de Arthur, su hijastro, ¿«cui prodest»? —preguntó Farrar.

Clive Cabot farfulló sin hallar palabras, mientras Kelly decía:

—Latinajo que aseguran significa: ¿A quién beneficia?

—¡Es monstruoso! —gritó, congestionado, Clive Cabot.

—Es legal —corrigió Farrar—. Usted hereda, y no le viene mal, porque las últimas especulaciones no le han salido brillantes, Cabot.

—¡Yo...!

—Deje hablar, Cabot. Luego desahóguese —aconsejó Kelly.

—Usted solo tiene un cariño, y es el dinero, Cabot. Su hijastro estaba firmando muchos pagarés, y le pareció sencillo planear el mejor de los negocios. Dígame, Rogers, y conteste como antiguo policía: ¿le tenía Cabot gran cariño a su hijastro?

Derek Rogers consultó con la mirada a Kelly, que asintió en silencio.

—El señor Cabot no es persona propensa a sentimentalismos. Trataba correctamente a su hijastro.

—¿Un beso todas las noches y arroparlo?

—No le tenía más que afecto, pero de esto a suponer que yo... —se atragantó Cabot.

—Procedamos de acuerdo con pruebas. Usted, sabedor de que Larson podía sentir la tentación de suprimir al candidato de Melba, planeó bien el mejor negocio. La muerte de Arthur dejaba sin valor los pagarés, que legalmente, siendo de juego, solo son efectivos en vida del perdedor. Se informó y supo que Johnny Chalmers odiaba a Larson. ¿Dio alguna instrucción concreta a Rogers, cuando su hijastro le participó que dos hombres de mala catadura le rondaban?

Clive Cabot, pasándose un pañuelo por la frente, murmuró:

—Me limité a decirle a Rogers que tomara las medidas oportunas, si

los dos sujetos se acercaban al coche.

—Recordará el señor que al preguntarle yo si debía limitarme a interrogar a esos dos sujetos, el señor dijo textualmente que con «gangsters» no se debían tener contemplaciones. Que disparase a matar.

—¿Lo dijo, Cabot? —preguntó Farrar.

Asintió Cabot, perdida toda arrogancia, deprimidos los hombros...

—Está claro. Usted contrató a Chalmers, para que amenazase al detective Farrar. Premisa A: yo los veo. Premisa B: debió telefonear a Arthur, para que sin falta a las siete y media estuviera en Forrest Park, donde Chalmers y Elliot lo mataron. Premisa C: ordena a Rogers que a las siete y media en punto me recoja, y espere a Arthur. Epílogo: yo veo a dos «gangsters» acudiendo, los mismos que me han amenazado. Rogers cumple con sus obligaciones, y asunto liquidado. Usted hereda, y carga con el muerto Rolf Larson.

Clive Cabot dijo lentamente:

—Son infames suposiciones, sin pruebas que lo corroboren.

—Esto dicen todos en un principio, Cabot —intervino Kelly—. El jurado comprenderá muy bien que no podemos aportar el testimonio de Johnny Chalmers ni de Buddy Elliot, pero en cambio apreciará una ley de jugador. Rolf Larson no hubiese hecho matar a un firmador de pagarés, a cobrar en vida del firmante.

—Tranquilícese un poco, Cabot —solicitó Farrar—. Pidió antes pruebas y voy a dárselas. Buddy Elliot era un novato, pero Johnny Chalmers era un veterano. Cuando usted llamó a Johnny, se entrevistaron en uno de los muelles de Jamaica Bay, solitarios, apacibles. Le expuso usted él asunto a Chalmers, más o menos en los siguientes términos. Sería Larson quien pagaría el pato muerto. Ellos dos se limitarían a asustar a Farrar para cargar tintas sobre Larson. Matarían a Arthur a las siete y media en Forrest Park, donde el «Bentley» aparca en sitio tranquilo, siempre el mismo. Y entonces bastaría que se acercasen al «Bentley», cuyo chofer les pagaría. Pero Rogers, cumpliendo con su obligación, disparó. Nada de contemplaciones con los «gangsters». Muy bien planeado, Cabot, y no habrá jurado que no acepte su culpabilidad, puesto que la pistola que poseía Buddy Elliot, está inscrita como de su propiedad, Cabot.

—¡Noté su falta hace dos días! ¡Yo pensé que pude dejarla en mi casa de campo!... No denuncié hasta no cerciorarme, y... ¡Es monstruoso!

Clive Cabot ocultó el rostro entre las temblorosas manos.

Kent Farrar mirando a Rogers, que seguía impasible, dijo:

—Por si Larson podía defenderse, la pistola que le desapareció al señor Cabot, era un toque atinado, Rogers.

Derek Rogers miró a Kelly, contestando:

—No entiendo lo que quiere decir este hombre, Kelly.

—Yo tampoco, palabra —sonrió el sargento con un lado de la boca. Tenía las dos manos en las caderas, abierta la americana.

—Concreto, Rogers, acusándole del asesinato de Arthur Cabot, Johnny Chalmers y Budy Elliot. En el muelle 8F, dársena norte, de Jamaica Bay, dos testigos le vieron a usted, Rogers, hablando con Johnny Chalmers y entregándole dinero.

Derek Rogers se encogió un poco. También el sargento Kelly...

Clive Cabot se pasó el pañuelo por todo el rostro...

—Usted cogió la pistola para que Johnny la entregase a Buddy. La misma noche, anterior a la mañana en que Cabot visitó la agencia, le vieron en el muelle 8F, dársena norte...

Respingó Cabot al oír el estampido. El sargento Kelly se había limitado a levantar la funda de cadera, insertando el dedo en el gatillo, a la vez.

Derek Rogers, herido en el hueco del codo, abrió los dedos. Farrar apartó de un puntapié la automática, mientras Kelly rezongaba:

—Los nervios y el bochorno, Rogers. Y listo que es este chico. Nadie te vio, en ningún muelle. Pero Johnny tenía una amiga, aficionada a beber. No se recató cuando Farrar, invitándola, fue sonsacando. Y ella le dijo que hace dos noches, Johnny tenía una entrevista a las doce y media con un hombre en el muelle 8F, dársena norte. No sabía quién era, pero Johnny había regresado con billetes, y una pistola para Buddy.

—Tú mataste a Arthur citándolo por teléfono a las siete y veinte, diez minutos antes de recogerme... A Buddy y Johnny les diste cita para las ocho menos cuarto en punto, diciéndoles que se aproximasen, a sacar del coche a Arthur. Acudieron los desgraciados. Y te bastó liquidarlos. Luego encontrarían el cuerpo de Arthur con balas del mismo calibre que la pistola que llevaba Buddy. Te encargaste de quitar dos cápsulas. Y haga memoria, Cabot.

—Usted, usted— balbució Cabot rencoroso.

—Un hombre con un secretario cree dar órdenes, pero a veces atiende a veladas sugerencias.

Apuntó Cabot un índice tembloroso hacia Rogers, que esposado, estaba siendo atendido quirúrgicamente por el sargento Kelly.

—¡Fue él quien dijo que a las siete y media podía recogerle! Pero, pero...

—«¿Cui prodest?» —dijo Kelly, sin volverse—. Puedes hablar, Rogers. Esta noche la aprovechó bien este pollo. Sondeó tu pasado, Familia incluida... Partió de una idea fija. Un tirador como tú, no tenía

por qué, habiendo sido policía, matar a dos tunantes, pudiendo hacer lo mismo que he hecho yo contigo.

Derek Rogers sentado, respiró anhelosamente.

Kent Farrar manifestó:

—Flora Rogers, muerta en Boston, hace unos dos años, al dar a luz. Y una partida de legitimación de Arthur Rogers... cuya copia existe en el registro del Estado de Nueva York.

Derek Rogers en pie, dijo:

—Vámonos, Kelly. Cantaré de plano, pero quiero perder de vista a este vejestorio presumido, que esta mañana al afeitarse silbaba pensando en la herencia. ¡Ni un centavo, Clive Cabot! Ya puedes buscar plaza en el asilo. Todo está hipotecado, un cargo que hubiese pesado contra ti definitivamente, si este... pollo...

—Los nervios y el bochorno, Rogers —dijo Farrar sin burla, casi amistosamente.

Sostenía por el codo válido a Rogers, que luego en el coche, se arrellanó.

Clive Cabot, inclinándose exigió:

—¡Quiero saber a qué atenerme! Yo no consiento...

—Embala, Kent —indicó Kelly, sentado al lado de Rogers.

Kent Farrar embaló gustoso, abandonando los jardines de la hipotecada mansión.

Derek Rogers habló con parsimoniosa entonación.

—Mi hermana murió al dar a luz. Nadie sabía informarme, hasta que pude hallar la pista. Arthur Cabot iba con frecuencia a Boston, donde mi hermana atendía el guardarropa de un club de remo. Cuando tuve las pruebas indiscutibles, exigí dos cosas de Arthur Cabot, a cambio de mi silencio y no matarlo. Ingresar como chofer y secretario de su padrastro, y que legitimase al hijo de mi hermana. Lo hizo.

—Por lo que el chiquillo hereda legalmente —comentó Kelly.

—Esperé hasta la ocasión oportuna, que fue cuando Arthur empezó a apasionarse por Melba. Esperé hasta comprobar que era más que un pasajero capricho. Y me constaba que el vejestorio estaba ansiando que pasase lo que sucedió, para salir de apuros. Odiaba a Arthur, y por eso, calibré que una vez condenado, el dinero revertería en el chiquillo, pasando yo a ser su tutor. Ya condenado y apabullado el vejestorio, nadie podría acusarme a mí, pese al «cui prodest». Ante el taquígrafo, alegaré venganza, Kelly.

—¿Venganza contra Chalmers y Elliot?

—Eran carroña...

—Los mataste a sangre fría como al joven Cabot. Mal asunto, Rogers.

—Ante el taquígrafo alegaré que fue Buddy el que mató, y con las atenuantes, saldré con menos de diez años.

Kent Farrar detuvo el coche ante la entrada del patio del Precinto Sexto, y dijo Kelly:

—Mala suerte, Rogers. El coche tiene registrador, y no hace falta taquígrafo, para recoger tu voz grabada en el magnetofón. A las once en el despacho del teniente Douglas, pollo.

* * *

A las doce, Georgia Baxter suspiraba emocionada, mientras blandiendo la licencia firmada por el juez, Kent Farrar fingía rugidos.

Y volvió a dejarla sobre el cheque por treinta mil dólares extendido por la Compañía aseguradora de los lingotes Upperman.

Mientras era ardientemente besada, Georgia Baxter recogió el cheque colocándolo en su bolso abierto.

En el compartimiento vecino del Pullman hacia los lagos del Canadá, Melba Cortez murmuró:

—Pareces aún más famélico, Britt, pero tus ojos ya no son trocitos de hielo.

Britt Milton volvió a mirar el cheque, y dijo:

—Una flotilla entera, ganándonos toneladas de níquel, a cada giro de hélice.

Melba Cortez, colocando la licencia matrimonial en su neceser, rio suavemente. El herido, olvidando la flotilla, reclamaba atenciones especiales de la única enfermera que podía adivinar hasta sus menores peticiones con solo leer en sus ojos.

Que habían perdido toda frialdad, pese a que el Pullman progresase en su rumbo hacia un clima refrigerado por la Naturaleza.

FIN



La conciencia de los habitantes de Villita, fué sacudida violentamente, cuando se hizo pública la horrible verdad...

¡La juventud de aquella próspera población, se entregaba sin reservas al abuso de drogas!

Este es el tema que el popular autor

MARK HALLORAN

desarrolla en su última y más apasionante novela

CUANDO LA MUERTE RIE

Un relato de emociones insospechadas que le tendrá con los nervios en tensión desde la primera a la última página

CUANDO LA MUERTE RIE

¡Poniendo en constante peligro sus vidas, dos intrépidos periodistas logran descubrir el tráfico de drogas más importante del mundo!

Adquiera este título la próxima semana, en la famosa

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡No se arrepentirá!

Precio: 5 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

A 5 ptas.

COLECCION "BISONTE"
418 — Ramiro Dexter
GUERRA EN LA SOMBRA

COLECCION "BUFALO"
115 — A. Rolcest
ENTRE CHACALES

COLECCION "CONGO"
9 — M. L. Estefanía
CONTRABANDO DE EBANO

COLECCION "PANTERA"
52 — Peter Debry
UN LEGIONARIO INVESTIGA

COL. "SERVICIO SECRETO"
282 — Vic Peterson
LOS MUERTOS SUSURRAN

COLECCION "PRACTICA Y POPULAR"
ENFERMEDADES CONTAGIOSAS

A 5'50 ptas.

COLECCION "PIMPINELA"
477 — Isabel Salueña
¿ANGEL O DIABLO?

COLEC. "MADREPERLA"
373 — María Lar
LA JOYA DE ALCOR

COLECCION "ROSAURA"
317 — E. Aguilar de Rücker
LA MAÑANA DE SU BODA

COLECCION "AMAPOLA"
203 — Trini de Figueroa
LA SONRISA DE PORCELANA

COLECCION "ALONDRA"
156. — Marilyn
SED DE VENGANZA

COLECCION "CAMELIA"
97. — Carlos de Santander
CITA EN LA MADRUGADA

COLECCION "ORQUIDEA"
67. — Desabel
PLENILUNIO

Las obras más selectas, los autores más populares, la presentación más sugestiva, los hallará siempre en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona :: Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires



El ambiente, los alimentos, el aire que respiramos, llevan en su seno millones de microbios que aguardan la ocasión propicia para penetrar en nuestro organismo

¡EVITE LOS MALES QUE PUEDAN PRODUCIR!

Lea para ello, con todo detenimiento, el nuevo volumen de la famosa

COLECCION PRACTICA

que con el título

Enfermedades contagiosas

aparece esta misma semana

En él hallará la más completa orientación para prevenir y curar toda clase de enfermedades producidas por bacilos infecciosos

Enfermedades contagiosas

Un volumen que todos necesitamos para conservar debidamente nuestra salud

De venta en quioscos y librerías al precio de 5 ptas. ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA

¡UN LIBRO INOLVIDABLE!



¡El mayor éxito literario de los últimos años en Estados Unidos!

¡La más sensacional película realizada últimamente en Hollywood!

NO SERAS UN EXTRAÑO

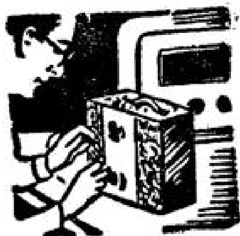
La obra cumbre de *Morton Thompson*, que ha permanecido durante 18 meses a la cabeza de los bestsellers norteamericanos

¡Una ocasión única para usted!

DE VENTA EN QUIOSCOS Y LIBRERIAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 BARCELONA



Una obra para el hombre moderno

TECNICA AL DIA

¡Los montajes de actualidad!

¡Los últimos descubrimientos en el campo de la radio!

Con los volúmenes de esta colección, usted podrá montar y reparar toda clase de receptores último modelo

¡Es un regalo útil para usted, porque lo beneficia!

Pida en quioscos y librerías

CURSO ACELERADO DE RADIO MONTAJES

CURSO ACELERADO DE RADIO REPARACIONES

Estos son los dos últimos títulos lanzados al mercado, por *la colección del siglo XX*

TECNICA AL DIA

¡Encárguelos a su proveedor antes de que se agoten!

Precio del ejemplar: 30 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2 **BARCELONA**

COLECCION HISTORIAS

Viajes, aventuras, biografías y relatos educativos, se dan cita en esta biblioteca, la más completa y apropiada para la juventud.

¡UN REGALO QUE TODOS AGRADECERAN!

Magníficos volúmenes de 256 páginas con portadas a todo color y más de 250 ilustraciones

*

De VENTA en QUIOSCOS y LIBRERIAS

Precio del ejemplar: 25 ptas.

*

Cada mes aparecen 2 nuevos títulos



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Proyecto, 2 - BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS





Nacida en Cornegie, (Oklahoma), a los 14 años consiguió su primer contrato en la Fox. Ha intervenido en numerosas películas, entre las que destacan "La calle sin nombre" y "Carta a tres esposas".

Foto 20th. CENTURY FOX

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $3'50